



Precio en Madrid, por un año. . . . . 40 rs.  
Id. en provincia enviándose por el correo. . . . . 50.

Paris: libreria española, de Hidalgo, rue Pavée St. Andrée, núm. 3.  
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.  
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

## SUMARIO.

**ARTÍCULOS.** El Vesubio y sus erupciones.—El reino de Dahomey.—La huérfana del Pirineo, novela por don J. M. Góizqueta, (continuación).—Nociones acerca de la bella literatura, (continuación).  
**GRABADOS.** Erupción del Vesubio.—El Amor, criado del fuerte francés.—Espedición al Dahomey; Djao: Cabecero en traje de parada.—Muger fética de Acera.—Yenohan, jefe de guerra del Salam francés.—Yabohan, gobernador de Whyda.—Passou, jefe de guerreros.—Partida para la corte del rey de Dahomey.

### El Vesubio y sus erupciones.

El Vesubio es uno de los volcanes menos elevados, y sin embargo, uno de los mas interesantes para el estudio de nuestro globo; se eleva aislado en la llanura de Nápoles, á una altura casi de doce metros. Las nociones mas antiguas de los tiempos remotos sobre esta montaña, nos la representan como un antiguo volcan, pero como un volcan apagado hace

muchos siglos, y sin temor de que se volviese á encender. Diodoro de Sicilia, al hablar del viage de Hércules á Italia, y describiendo las llanuras que se extienden á los pies del Vesubio, nos dice que se llamaban los campos Flegreos, á causa de un monte que como el Etna en Sicilia, habia en otro tiempo arrojado llamas, y que conservaba todavia huellas numerosas de sus antiguas modificaciones. Vitruvio, en su segundo libro de la arquitectura, habla muy por menudo de la *pouzolane*, y nos dice que se encuentra en los campos que rodean el Vesubio; ahora bien, él atribuye la cualidad que posee la *pouzolane* de disiparse en el agua al vapor de los fuegos subterráneos, que pasando por las venas de la tierra, la hacen mas ligera y mas porosa; «pues, añade, se refiere que estos fuegos que se inflaman bajo el Vesubio han estallado en otro tiempo con una gran fuerza y lanzado muchas llamas en los paises inmediatos.»

Sin embargo, Plutarco en la *Vida de Marco Craso*, habla del volcan como de un descubrimiento de vegetacion: «El pretor Clodio, dice, enviado de Roma contra Espartaco, le sitió en su fuerte sobre el Vesubio, donde conducia un solo

sendero difícil y estrecho, cuya entrada guardaba Clodio; el resto de la montaña no era mas que rocas escurridizas; *numerosas viñas silvestres cubrian la cima*. Las gentes de Espartaco cortaron los sarmientos que podian servir para su designio, y entrelazándolos los unos contra los otros, hicieron de ellos escalas sólidas, con ayuda de las cuales descendieron hasta la llanura.» Estrabon, á su vez habla del Vesubio como ofreciendo sobre toda su superficie, excepto hacia su cima, un suelo muy agradable. «Esta cima, añade, llana en su mayor parte, pero totalmente estéril, parece á la vista que no es mas que un monton de cenizas, y se ven allí anchas cavidades, todas de color fuliginoso, como si hubiesen sido calcinadas por el fuego. De aqui podemos inferir que este lugar ardía en otro tiempo, y tenia cráteres de fuego que se han apagado cuando les faltó el alimento.»

Nada nos indica hasta aqui estas dulces cimas que dan ahora á la montaña una fisonomía tan particular, y que probablemente se formaron á consecuencia de la terrible erupcion del año 79, arrancando tan bruscamente á los apacibles habitantes del golfo de Nápoles á su profunda seguridad, aun-



Erupcion del Vesubio.



que los frecuentes temblores de tierra que se sucedieron en Campania desde el año de Jesucristo 65, hasta el momento de la catástrofe, hubiesen podido advertir a las poblaciones del peligro que las amenazaba. Se conoce por las dos cartas de Plinio el Joven a Tácito, la relación de este fatal acontecimiento que sepultó tres ciudades, no solamente bajo las cenizas, como se repite con demasiada ligereza, sino bajo los escombros que se desprendieron entonces de la pendiente de la montaña: «Ya sobre los bageles que llevaban a mi tío a la ribera de Estalia, dice Plinio, volaba la ceniza mas espesa y mas caliente, a medida que se iban aproximando; ya caían en derredor de ellos piedras calcinadas y cascajos negros pulverizados por la violencia del fuego; ya el mar parecía refluír y la ribera llegar a ser inaccesible por los restos de la montaña de que se hallaba cubierta: *ruinaque montis littora obsantia*.» Basta en efecto examinar las masas de tufo que cubren a Pompeya, y sobre todo a Herculano, para reconocer elementos extraños en esta lluvia de cenizas volcánicas llamadas por los napolitanos *lapillo*, o por corrupción *rapillo*, y que acompaña casi siempre a las erupciones. Se encuentran por el contrario estas masas completamente idénticas en las que constituyen el tufo de la Somma. Convertidas en torrentes penetraron por todas partes; llenaron todos los intersticios de los edificios sin destruirlos, como hubiera hecho la lava, y explicaban la conservación maravillosa de estas dos ciudades exhumadas desde la mitad del siglo último, y cuya aparición ha venido a completar de una manera inesperada nuestros conocimientos acerca de la antigüedad. Es, en efecto, notable que ni Plinio ni Filifino hablen de ninguna manera del curso de la lava en 79. Inmensa producción de cenizas volcánicas, salidas de las partes elevadas del monte, y por consiguiente cambio completo en su aspecto; tales parecían ser los principales caracteres de la primera erupción mencionada por la historia. La segunda, de la cual nos habla Dion, o mas bien su compendioso Séptimo Severo, en el año de Jesucristo 205 y 204. «Pareció en este tiempo, dice el historiador griego, un gran fuego sobre el monte Vesubio, y ocasionó un ruido tan extraordinario que se oyó en Capua. Se creyó ver en este prodigio el anuncio de algun grande acontecimiento, y de hecho la desgracia de Placiano, el favorito del emperador, el suegro de su hijo Caracalla, no tardó en confirmar esta suposición.» En 472 una tercera erupción, de la cual hablan Amiano Marcelino y Procopio, trasportó las cenizas del Vesubio, si se les ha de creer, hasta Constantinopla y Trípoli de Berbería. En 512 encontramos en Casiodoro la carta por la cual el rey Teodorico escribió a Fausto para empeñarle en hacer constar los daños que los habitantes de Nola como los de Nápoles acababan de experimentar por la erupción del volcan, a fin de descargarlos de una parte de los impuestos que debían al Estado. La quinta erupción sucedió en 685: Plotino, Marco Antonio, Sabelico y Sigonio han hablado de ella; pero estos escritores que pertenecían a los siglos XV y XVI, no han hecho conocer las fuentes donde han bebido para dar esta relación. En 1056, se menciona la famosa erupción, a la cual la generalidad de los historiadores del Vesubio refieren la primera.

Desde esta época hasta fines del siglo XIV se han contado tres erupciones: una en 1159, otra en 1506 y la tercera en 1500; después, un reposo de cerca de ciento cincuenta años nos conduce hasta 1631, época en que se renovó el fenómeno con una violencia que probablemente no había tenido desde el último día de Pompeya. Las principales erupciones se han verificado en 1660, 1682, 1694, 1701, 1712, 1757, 1787, 1754, 1760, 1766, 1770, 1779, 1790, 1794, 1804, 1810, 1817, 1820 y 1822, 1851, 1854, 1859 y últimamente en 1830, de la cual presentamos una muestra exacta en el adjunto grabado. En otro número nos ocuparemos con alguna mas extensión del famoso monte Etna y de su terrible erupción del año pasado.

### Juan Sebastian del Cano.

Nació este famoso navegante en la villa de Guetaria, situada en la costa marítima de la provincia de Guipúzcoa. Fueron sus padres don Domingo Sebastian del Cano y doña Catalina del Puerto, ambos naturales y vecinos de ella. Se sabe que desde los primeros años estuvo dedicado a la navegación; pero se ignora cual fué el buque en que emprendió esta carrera, así como también a dónde y con qué objeto hizo el primero de sus viajes. Mas adelante, cuando la expedición del cardenal Jimenez de Cisneros al Africa, y las guerras que en Italia sostenía el gran Gonzalo de Córdoba, tenían en continuo movimiento a la mayor parte de los puertos del Mediterráneo, estaba Cano mandando en calidad de maestre una nave de doscientas toneladas. Con ella prestó servicios muy importantes, así en Levante como en Africa, y sin duda los hubiera prestado mayores a no haberse visto obligado por la necesidad a desprenderse de su embarcación. Hallábase exhausto de recursos para su manutención, por no haber recibido ni la mas mínima parte del salario que le correspondía, y tuvo que tomar prestada cierta cantidad de unos mercaderes, vasallos del duque de Saboya. Mas como el tiempo pasase, el salario no viniese, los mercaderes apurárense, careciendo Juan Sebastian de medios para satisfacer su deuda, no halló otro recurso para salir del apuro que el de vender la nave que mandaba a sus acreedores, sin tener tal vez en cuenta las graves penas a que iba a exponerse. Las ventas de toda clase de embarcaciones españolas a extranjeros, aunque estos tuviesen carta de naturaleza, hechas sin licencia firmada del soberano, estaban espresamente prohibidas, y segun una carta real de los reyes Católicos dada a 11 de agosto de 1501, los que las llevasen a efecto quedaban condenados, el vendedor a perder la embarcación que vendiere o empeñare, y el comprador el precio que por ella diere, y ambos además la mitad de sus bienes, quedando las personas a merced del rey, debiendo ser presos y conducidos a la corte a sus costas para que se mandara hacer de ellos lo que la merced del soberano fuere. Pero sea que la venta de la nave no llegase a noticia de quien pudiera imponer estos castigos, sea que Cano los evitase, el resultado es que por entonces no se le impusiera ninguno de ellos. Al contrario, nada absolutamente se vuelve a saber de su persona hasta el año 1519, en que, segun los historiadores, se le encuentra avicinado en la ciudad de Sevilla.

Para entonces hacia ya mas de un año que dos portugueses, Fernando de Magallanes y Rui Falero, agravados de su rey, abandonando su patria, habían venido a ofrecer sus servicios al emperador, prometiéndole hallar otro camino mas breve y distinto del que en Portugal se usaba para hacer el comercio con las islas Malucas o de la Especiería, situadas en el Océano Pacifico. Añadían, en fuerza de las investigaciones del primero, que estas islas entraban en las posesiones que con arreglo a la línea de demarcación trazada por el sumo pontífice Alejandro VI, correspondían a España, y que no tan solo por atender a esto, sino por la inmensa utilidad que de semejante comercio resultaría, convenia aprestar luego una armada para descubrirlas y conquistarlas. Este proyecto halló, como todos, protección en unos y obstáculos por parte de otros; pero la constancia pudo mas que las dificultades, y Magallanes y Falero vieron aprestarse en Sevilla una armada para la expedición al Maluco. Componíase esta armada de la nao Trinidad, en que iba el capitán mayor Fernando Magallanes; la nao San Antonio, su capitán Juan de Cartagena, veedor al mismo tiempo de la armada, y que iba en lugar de Rui Falero, que por disposición superior quedó en Sevilla; la nao Concepción, mandada por Gaspar de Quesada; la nao Victoria, a las órdenes del tesorero Luis de Mendoza, y la nao Santiago, cuyo capitán era Juan Serrano, piloto de S. A.; en todo cinco naos de portes diferentes y tripuladas por doscientos sesenta y cinco individuos. Juan Sebastian del Cano iba de maestre en la nao Concepción, y en toda la armada subía a unos treinta el número de vascongados, entre vizcaínos y guipuzcoanos, sin que tampoco faltase alguno que otro navarro. Partieron las cinco naos de Sevilla en la mañana de un miércoles, 10 de agosto de 1519; detuvieronse un mes en San Lucar de Barrameda, y se dieron a la vela desde allí en 20 de setiembre con rumbo hacia las Canarias.

Bien pronto empezó a turbarse la armonía entre los capitanes, pues habiendo variado de rumbo Magallanes luego que salió de las Canarias, contra lo prevenido en la instrucción de derrota que llevaban, fué requerido a la voz por Cartagena. Pero Magallanes desatendió este requerimiento, con lo cual y con las diferencias que entre ambos hubo sobre el modo de saludarse, se aumentó la discordia, hasta que un día de calma, mes de noviembre, mandó Magallanes venir a su bordo a todos los demas capitanes y pilotos, y como se suscitase una acalorada discusión sobre la derrota y el modo de saludar, Magallanes agarró del pecho a Cartagena, diciendo: «sed preso;» y no atreviéndose a favorecerle nadie, se le entregó en custodia a Mendoza, nombrando por capitán de la nao San Antonio a Antonio de Coca. Bien que luego le relevó de este cargo, dándole a su sobrino Alvaro de la Mezquita; y en marzo del año siguiente sacó del poder de Mendoza al preso Cartagena, y se lo confió al capitán de la Concepción, Quesada. Continuó el viaje la armada, reconociendo siempre con cuidado y a vuelta de grandes tormentas y peligros cuantos golfos, rios y bahías se presentaban, por ver si alguno de ellos era el estrecho en cuya demanda iba, y entró en el puerto de San Julian el último del mes de marzo. Allí trató Magallanes de invernar, valiéndose de toda su entereza para apaciguar a la gente, que por la escasez de raciones, por la esterilidad y frío del pais, y por lo largo del viaje en que desconfiaban ya de hallar el estrecho, quería volverse atrás. Sin embargo, los tres capitanes Cartagena, Quesada y Mendoza, aprovechándose de este descontento y de las reyertas y piques suscitados entre castellanos y portugueses, que iban en bastante número, se propusieron hacerse dueños de la armada, a pretexto de que Magallanes no tomaba consejo con sus oficiales y no les quería dar la derrota del viaje. Hablaron a Cano los dos primeros, diciéndole que obedeciese a los mandamientos del rey, y les diese favor y ayuda para que los hiciesen cumplir como en sus instrucciones lo mandaba. A lo que Juan Sebastian les respondió, que él obedecía, y que estaba presto para hacerle cumplir y requerir con aquello a Fernando de Magallanes. Hecho lo cual y avisada la gente, aquella noche que era Domingo de Ramos, 1.º de abril de 1520, estando reposada toda la gente y pasada ya toda la guardia, Quesada y Cartagena con treinta hombres armados entraron en la nao San Antonio, sorprendieron a su capitán Alvaro de Mezquita, y poniendo las espadas al pecho le llevaron debajo de la cubierta a la cámara del escribano, donde le dejaron cerrado, con grillos y un centinela a la puerta. Viendo esto el maestre de la misma nao, Juan de Elorriaga, guipuzcoano, trató de oponerse; pero Quesada se avalanzó a él y le dió de puñaladas dejándole por muerto, aunque no hizo sino herirle gravemente. Después, como nadie quisiese encargarse del mando de la nao, hicieron venir de la suya a Juan Sebastian y se le encomendaron. Obedeció éste, puso la artillería sobre cubierta, y preparó los lombarderos, aderezando la nave como si estuviese a vista del enemigo. Al otro día, dueños Cartagena, Quesada y Mendoza de las tres naos San Antonio, Concepción y Victoria, requirieron a Magallanes, quien les contestó que fueran a su bordo y allí les oíría. Después envió con su esquife a un alguacil con cinco hombres armados secretamente y una carta para el capitán de la Victoria, Mendoza, que estándola leyendo recibió del alguacil una puñalada en la garganta, y de otro marinero una cuchillada en la cabeza, de la que cayó muerto, apoderándose sin resistencia quince hombres armados de parte de Magallanes de aquella nao. Las otras dos quisieron huir, pero Magallanes tuvo la dicha de rendirlas antes de que lo intentasen. En seguida mandó sacar a tierra el cuerpo de Mendoza, y descuartizándolo con pregon de traidor, hizo ahorcar a Quesada, que fué descuartizado del mismo modo, y dejó en aquel pais desterrados a Cartagena y a un clérigo llamado Sanchez de la Reina, perdonando a todos los demas.

Entretanto la nao Santiago, enviada a reconocer la costa, pereció a causa de un resaca temporal, si bien escapo salva la tripulación, que volvió por tierra al puerto de San Julian, y a cuyo capitán Serrano se le dió el mando de la Concepción. A fines de agosto se dió la armada a la vela desde este puerto, y cuando a mediados de octubre creyeron haber hallado el estrecho después de varios reconocimientos, estando ya en él, fué comisionada la nao San Antonio para descubrir la salida; pero al cabo de tres días, viniendo a dar cuenta de su comisión, y no pudiendo encontrar a las demas, se alzó otra vez la gente contra el desventurado capitán Alvaro de la Mezquita, sobrino de Magallanes, le prendieron, volviéndose a España y aportando en Sevilla en 6 de mayo de 1521, y dejando lleno de pesadumbre a Magallanes con la Trinidad, la

Concepción y la Victoria, que hallaron por fin salida al mar Pacifico el día 27 de noviembre de 1520. Cinco meses después se hallaban en el archipiélago de San Lázaro con gran parte de la gente enferma a causa del hambre que habían padecido. Allí, empeñándose Magallanes en que el rey de Mactán ofreciese tributos a su rival el de Zebú, tuvo que sostener contra él una pelea, en la cual pereció junta mente con otros seis españoles, el día 27 de abril de 1521, a los cinco meses justos de haber salido del estrecho, que hasta ahora ha conservado su nombre. A los pocos días fueron asesinados en un convite que les había ofrecido el rey de Zebú, hasta veinte y siete hombres de la armada, entre ellos el capitán Serrano, obligando a hacerse a la vela a los demas, que eligieron por general al portugués Caraballo, y quemaron la nao Concepción, por ser la mas vieja y no contar con el suficiente número de tripulantes para manejarla. Después, en el mes de setiembre, quitaron el mando a Caraballo, porque no cumplía con las instrucciones del rey, y confiaron la armada a Gonzalo Gomez de Espinosa y Juan Sebastian del Cano, que fué nombrado capitán de la nao Victoria.

Dos meses tardaron Cano y Gomez de Espinosa en descubrir las islas de los Malucos, Malucas o Molucas, como hoy se llaman, aportando a ellas en 8 de noviembre. Allí se detuvieron todo este mes y el siguiente, haciendo amistades con los naturales y cargando los buques de especiería, que era el objeto de su viaje. Cuando iban a volverse para Castilla observaron que la nao Trinidad hacia agua en la quilla, y que tardarían unos tres meses en reparar este daño, con lo cual se acordó que el capitán Juan Sebastian del Cano partiese en la nao Victoria para Castilla por la vía de la India que hacían los portugueses, con las mercancías, las cartas de los reyes malucos y otras cosas que debía conducir la Trinidad, que se quedaba carenando.

Salió Juan Sebastian de la isla de Tidore el día 21 de diciembre de 1521 con sesenta compañeros, incluidos trece indios de aquella isla. Recorrió gran parte de las Molucas y otras, comerciando en cuantas pudo, y en todo el mes de mayo del siguiente año dobló el cabo de Buena-Esperanza pasando grandes trabajos, ya por el tiempo, ya por las enfermedades de que todos se veían aquejados. Estando en julio a la vista de las islas de Cabo-Verde y viéndose en gran necesidad de víveres, reunió la gente para tomar su parecer y decidió el mayor número de votos ir a dichas islas. El capitán portugués que mandaba en la isla de Santiago prendió a los doce hombres que Cano había enviado en un batel a la compra de víveres, y quiso hacer lo mismo con la nao; pero no pudo conseguirlo. Cano prosiguió su viaje y condujo la Victoria a San Lucar de Barrameda el día 6 de setiembre de 1522 a los tres años menos catorce días de su salida de aquel puerto, habiendo andado, segun su cálculo, catorce mil leguas. Llegaron con el capitán otros diez y siete individuos, entre los cuales deben mencionarse cuatro vascongados, que fueron Juan de Acucio, Juan de Arratia, Juan de Gubileta y Pedro de Tolosa. Además de varias muestras de droguerías y especierías que trajo el capitán y de algunas partidas menores, vinieron en la Victoria trescientos ochenta y un costales, que pesaron en limpio quinientos veinte y ocho quintales, una arroba y once libras. Desde el mismo San Lucar escribió Cano al emperador dándole cuenta de su viaje, y el monarca le contestó a Sevilla desde Valladolid a 15 de setiembre, mandándole que fuese a darle cuenta de su viaje, acompañado de dos personas de las que habían venido con él, las mas cuerdas y de mejor razon, y con órden a los oficiales de la casa de la contratación de las Indias para que a todos tres les vistieran y ayudaran.

Este fué el primero y mas celebrado viaje que se ha hecho al rededor del mundo, asombro de aquella edad, que tanta utilidad produjo a la navegación y al comercio, demostrando prácticamente la redondez de la tierra, midiendo su circunferencia y comprobando la existencia de los antipodas, viaje tanto mas digno de admirarse si se atiende al estado en que a la sazón se hallaban la náutica y las demas ciencias auxiliares; viaje en fin, elogiado por nacionales y extranjeros y comparado entonces al que hicieron los argonautas con Jason en demanda del Vello de oro a la isla de Colcos. Maximiliano Transilvano, que aquel mismo año escribió la relación de este viaje, dice al fin de ella: «E mucho mas digna cosa es por cierto, que esta nuestra nao sea colocada y ensalzada entre las estrellas que la en que navegó aquel griego (Jason); pues que aquella navegó desde Grecia solamente por la mar del Ponto, y esta partiendo de Sevilla contra el Mediodía, y dando de allá vuelta contra el Occidente, y pasando por de yuso desde nuestro hemisferio, penetró hasta las partes orientales, desde las cuales tornando contra el Occidente, dando vuelta con diversas reflexiones a todo el globo o orbe de la tierra e agua, volvió a Sevilla de donde primero había partido.» Los poetas han celebrado este viaje con entusiasmos, como se prueba entre otros por los siguientes disticos latinos en loor de la nave Victoria, que se hallan en un códice del Escorial.

*Diserit hispanum navis VICTOREA litus  
Ambit et oceanica claustra profunda maris:  
Prima que fecit iter quod nullis ante patebat  
Esset ut hispani juris uterque polus.*

*Navis ab hispano VICTOREA litores solvens  
Oceani tumidas undique cinxit aquas:  
Ignotaque via me diis reservavit in undis  
Hesperia ut vasti subderet orbis opes.*

Llegado Juan Sebastian a Valladolid, se presentó al emperador con algunos indios que habían quedado vivos, los regalos de los reyes de las islas Molucas y las muestras de especiería, siendo muy bien recibidos del soberano. Concedióse a Cano el privilegio de introducción y un escudo de armas, en cuya primera mitad y en la alta de el había un castillo dorado en campo rojo y en la otra mitad un campo dorado, sembrado de especiería, que eran dos palos de canela, tres nueces moscadas en aspa y dos clavos de especia; y encima del escudo un yelmo cerrado y por cimera un mundo con esta letra: *PRIMUM CIRCUMDESTITI ME*. Sostenían el escudo dos reyes, figurando ser los de aquellas islas, vestidos de verde de cintura arriba, con paños blancos de cintura abajo, en piernas, con sendas coronas en la cabeza y sendos ramos en las manos, uno de clavos y otro de nueces moscadas. En 25 de enero de 1525 le hizo el emperador merced de quinientos ducados de oro para toda su vida en cada año, asentados en la casa de



contratación de la especiería que se estableció por aquel tiempo en la Coruña. Animado con tan buenos auspicios el navegante y acordándose de las penas en que había incurrido por la venta de una nao hecha a unos mercaderes del duque de Saboya, solicitó el perdón de ellas, y en efecto le fué concedido el mas amplio por cédula real firmada en Valladolid en 15 de febrero del mismo año. Mas adelante, y siempre con ánimo de volver a emprender un viaje en que tan grandes trabajos y fatigas de hambres había experimentado, presentó un memorial de su puño, en que pedía: que S. M. le hiciese merced de la capitania mayor de cualquier armada ó armadas que se enviase al Moluco, ora á hacer nuevos descubrimientos, ora á guardar las costas; que se le diese la tenencia de la fortaleza ó fortalezas que se construyesen en aquellas tierras; que se le concediese el hábito de Santiago como se había concedido á Fernando Magallanes; y en fin, que se atendiese con alguna remuneración á sus parientes mas cercanos, supuesto que eran pobres y le habían ayudado mucho en sus expediciones. Pretensiones eran todas que, aunque al parecer exorbitantes, bien podían concederse á quien tan gran servicio acababa de prestar á su patria. Pero no fué así: á lo primero contestó el emperador que ya estaba proveído el cargo de la capitania mayor de la armada; á lo segundo, que se le tendría presente cuando se contruyese alguna fortaleza en el Maluco; á lo tercero, que no estaba en las facultades del emperador conceder hábitos de Santiago fuera del capitulo; y á lo último, que ya se había dispuesto lo conveniente. Es de advertir que al poco tiempo de haberse presentado Juan Sebastian en la corte prestó su declaración en debida forma sobre todos los sucesos del viaje porque fué preguntado, y lo mismo sus compañeros Francisco Albo y Fernando de Bustamante.

Habíanse suscitado por este tiempo algunas diferencias entre las cortes de Castilla y Portugal sobre á cual de las dos pertenecían las islas Malucas; y para terminarlas se acordó é hizo una capitulación por los procuradores apoderados de una y otra potencia. La capitulación se firmó en la ciudad de Vitoria á 19 de febrero de 1524, en presencia del emperador y de su madre doña Juana; y el poder dado á los procuradores de Castilla se había firmado un mes antes, en 25 de enero, también en la misma ciudad. Una de las cláusulas de esta concordia era, que se nombrarían tres letrados, tres astrólogos y tres pilotos y marineros por cada parte para que se juntaran y entendieran en todo lo tocante á este negocio; y entre los astrólogos y pilotos nombrados por Castilla lo fué uno de ellos Juan Sebastian del Cano. Estuvieron reunidos los comisarios de ambos reinos desde el 11 de abril hasta 51 de mayo de aquel año, siguiendo entre sí un pleito formal sobre la posesión y la propiedad de las dichas islas, verificándose las juntas unas veces en la Puente de la ribera de Cava, en la raya de Castilla y Portugal, otras en Yelves en la cámara de la ciudad y otras en Badajoz, ya en la iglesia mayor de San Juan, ya en las casas del consejo. Allí se presentaron luminosos pareceres, en algunos de los cuales se ve la firma de Cano, y se tomó declaración á los diez y siete compañeros de la nao Victoria. Pero ni las justas razones que asistían á España pudieron convencer á los portugueses, ni los efugios y argucias de estos hicieron fuerza alguna á los castellanos. Así que, venido el último día de mayo, señalado en la capitulación de Vitoria como termino de las conferencias, cada uno se retiró á su reino sin haber adelantado nada en el esclarecimiento del asunto.

No debía ser muy sosegada la existencia de Cano, mientras tomaba parte en la resolución de un negocio de tanta importancia. La envidia de sus émulos tal vez, que nunca dejan de tenerlos los hombres grandes, ó quizá la sed de venganza de personas cuyo honor había sido ultrajado, puso mas de una vez su vida en gran peligro. Lo cual nada tiene de extraño si se considera que Juan Sebastian tuvo dos hijos naturales, uno varón llamado Domingo del Cano de Mari-Hernandez de Hernalde, y otra hembra, en Valladolid, de Maria de Vida Urreta, según resulta de su testamento. Mas sea una sola ó ambas las causas de su malestar, el resultado fué que tuvo que confiar á otras personas el cuidado de la suya. Así que en 20 de mayo de aquel mismo año y estando en Burgos el emperador, espidió una cédula á su favor, concediéndole el privilegio de traer dos hombres armados de todas armas en la guarda de su persona, «por cuanto, dice la cédula, me fué hecha relación que á causa que algunas personas os quieren mal, vos teméis ó receláis que vos herirán, matarán ó lisiarán, etc.»; y en ella se impone la pena de diez mil maravedís á todo el que impidiere su cumplimiento.

Terminadas las conferencias y con noticia de que se preparaban en la Coruña tres naos para emprender otra expedición al Maluco, pasó Cano á Portugal, donde aceleró la construcción de otras cuatro que debían hacer el viaje en unión con las tres primeras. Estuvo también en Guetaria y fué después á la Coruña con algunos maestros pilotos y gente de mar, entre ellos dos hermanos suyos y otros parientes. A esta sazón y con ser pasados mas de dos años desde que se le hizo la merced de quinientos ducados de oro en cada uno, aun se le había satisfecho la mas mínima parte de esta cantidad. Por esta razón se vió en la necesidad de acudir al emperador que ya le había espedido á su favor el título de capitán de una de las naos de la nueva armada, y alcanzó una real orden dada en Burgos á 15 de abril de 1525 para que á la vuelta de este segundo viaje le fuesen satisfechos los quinientos ducados de oro por la casa de la contratación de la especiería, á contar desde que esta merced le fué otorgada, esto es, desde enero de 1523. Mas ó no fiándose Juan Sebastian de los oficiales de la casa de contratación, ó reflexionando sobre la incertidumbre de lo que le pudiera acontecer en este nuevo viaje; dejó otorgado su correspondiente poder á 15 de julio en la misma Coruña.

Once días después, es decir, en 24 del dicho julio y antes de amanecer, se dió á la vela del referido puerto la nueva armada. Componíase de naos, que era la celebrada Victoria, Santi-Spiritus, Anunciada, San Gabriel, Santa Maria del Parral, San Lesmes y el patage ó galeon Santiago, tripulados por cuatrocientos hombres. En la Victoria iba por capitán general Frey García Jofre de Loaisa, comendador de la orden de San Juan, y en la Santi-Spiritus Juan Sebastian del Cano, con cargo de segundo gefe, piloto mayor y guia; y entre los vascogados que fueron en esta expedición, ademas de los dos hermanos de Juan Sebastian, Martin Perez y Anton Martin Cano, piloto el primero de la nao Santi-Spiritus y ayudante

de piloto el segundo de la carabela Santa Maria del Parral, merece mencionarse el celebre Andrés de Urdaneta, después religioso de San Agustín, natural de Villafranca de Guipúzcoa y escogido por Carlos V para el descubrimiento de las islas de Luzon y la fundación de la ciudad de Zebú. Estando en las islas Canarias á principios de agosto, tomando el parecer de Cano, acordó Loaisa dirigirse por el estrecho de Magallanes, y previno que si por cualquier accidente se separaba alguno de los buques, se fuese á la bahía de Todos los Santos, donde en una isla que allí estaba había de poner una cruz y enterrar al pie una olla con una carta si á los veinte dias de espera no llegaban los demas, debiendo practicar lo mismo en el rio Santa Cruz. Esta navegación fué aun mas trabajosa que la primera. El 28 de diciembre, hallándose en la costa del Brasil, sobrevino tal temporal que se dispersaron todas las naos y aunque al día siguiente se reunieron hasta cinco, no pudieron hacerlo las dos restantes, que eran la Victoria y la San Gabriel. Juan Sebastian quería esperarlas en el rio de Santa Cruz; pero los demas capitanes y oficiales de S. M. juntos en su bordo decidieron continuar, enviando solo el patage á una isleta cercana para poner la cruz y enterrar la olla con la carta. El día 14 de enero de 1526 estuvieron á pique de perderse todos. Cano envió á su hermano Martin Perez con otros cuatro en un esquife para reconocer si se hallaban en el estrecho; y la nao Santi-Spiritus, donde él iba, pereció á causa de una tormenta que se levantó á media noche y duró todo el día siguiente, ahogándose nueve hombres. Su hermano y los compañeros se vieron también muy mal, y solo pudieron reunirse á los demas andando por tierra veinte leguas de muy aspero camino hasta el sitio del naufragio. Juan Sebastian trasbordó á la Anunciada y fué con ella, el Parral y San Lesmes á embocarlas en el estrecho; Urdaneta socorrió á la gente de la nao perdida, y en 25 de enero se reunieron felizmente á ellas en la bahía de la Victoria las otras tres que faltaban, la capitana, San Gabriel y el patage, habiendo encontrado la capitana la cruz, la olla y la carta puestas de orden de Cano en la isleta del rio de Santa Cruz.

(Se continuará.)

## Curiosidades científicas.

FÍSICA.—PRONTITUD DE LA LUZ.

Experimentos numerosos y variados han establecido de una manera cierta, que la luz se trasmite en el espacio con una prontitud prodigiosa de 70,000 leguas por segundo; comparando esta prontitud con la que puede imprimirse en los cuerpos terrestres, se encuentra, que una bala conservando la viveza de que está dotada en el momento de la descarga, emplearía diez y siete años para ir desde la tierra al sol, al paso que la luz atraviesa el mismo espacio en siete minutos y medio, y que el ave, cuyo vuelo es el mas rápido, y que hubiera necesitado veinte y cuatro dias para dar la vuelta al globo, apenas tendría tiempo para desplegar sus alas, cuando la luz habría ya recorrido toda la circunferencia de la tierra.

El espíritu humano no ha llegado desde un principio á estos magníficos resultados; numerosos esfuerzos han precedido al descubrimiento de esta verdad, que es uno de los mas bellos flujos de la ciencia moderna. Los antiguos creían la prontitud de la luz infinita, y Galileo parece ser el primero que haya tentado determinarla por la experiencia; Descartes procuró sacar partido de los eclipses de luna; pero salió poco airoso en sus tentativas, á causa de la distancia demasiado débil, en semejantes condiciones, desde este astro á la tierra; Roemer en 1673, alcanzó el primer objeto observando los eclipses del primer satélite de Jupiter, y sin embargo, sus experimentos no fueron completamente admitidos hasta 1725, cuando Bradley demostró que el movimiento anual, al cual están sujetas todas las estrellas, á lo que se llama aberración, depende del efecto combinado del movimiento de la luz con el del observador.

Estos descubrimientos, como lo acabamos de demostrar, debían conducir á aclarar una de las cuestiones teóricas mas importantes en óptica, el modo de trasmisión de la luz, y dar definitivamente razón al sistema de la emisión ó al de las ondulaciones.

Al principio de este siglo, cuando, según la autoridad de Newton, se admitía generalmente que los fenómenos luminosos eran debidos al trasporte rápido de pequeños proyectiles lanzados en todas las direcciones por los diversos manantiales de luz, Mr. Arago pensó que causas muy apreciables para un observador terrestre debían alterar la prontitud de la luz, y por consecuencia influir notablemente sobre el fenómeno de la simple refracción al través de un prisma.

Estas causas eran diversas. Admitiendo que todas las estrellas emitiesen luz con igual prontitud, el movimiento de la tierra, cuya rapidez es de siete leguas por segundo, debía para el observador alterar esta igualdad de prontitud y hacer mas ó menos refrangibles los rayos luminosos, según que la estrella fuese hacia delante ó hacia atrás desde el punto en que se encontrase el observador. Se comprende, en efecto, que el rayo de luz contra el cual marchamos debe ganar en prontitud en una proporción igual á la rapidez de la rotación de la tierra, y que el rayo que viene en nuestra persecución debe, por el contrario, perder de su prontitud en la misma proporción.

Después del movimiento de la tierra, la atracción universal en el sistema de la emisión, es también una causa poderosa de la alteración de la prontitud de la luz, pues mientras mas considerable y macizo sea el foco central, menor será la prontitud de los pequeños corpúsculos; de lo cual es preciso deducir, que entre todas las estrellas que llenan el firmamento, no se encuentran dos que emitan la luz con igual prontitud.

En fin, el movimiento propio y seguramente rápido de que están dotadas ciertas estrellas no debería influir menos sobre la prontitud de la luz que el movimiento de la tierra y la atracción universal.

Mr. Arago, en 1810, emprendió confirmar por la experiencia todos estos resultados teóricos del sistema de la emisión, á la razón en todo su crédito; pero á pesar de los cuidados que presidieron sus experimentos, los resultados á que llegó fueron todos negativos. Sin duda las estrellas se desvia-

ron según las leyes de la desviación, pero la desviación fué la misma para todas, y Rigel, Castor, Procion, Polux, Regulo, etc. se portaron exactamente de la misma manera, como si la luz, idéntica en sí misma, atravesara un espacio lleno de inmovilidad.

Mr. Arago entonces, bajo el imperio del sistema de la emisión procuró conducir sus experimentos bajo la senda de la teoría, en lugar de hacer plegar esta delante de los hechos nuevos con los cuales enriquecía la ciencia. Fresnel se apoderó algunos años después del trabajo de Mr. Arago, y le hizo sobre todo servir al triunfo de la teoría de las ondulaciones.

Aun cuando los hechos que acabamos de referir fuesen conocidos, la Memoria que los contenía había sido estraviada desde 1810, y la ciencia sentía vivamente esta pérdida. Felizmente esta laguna en la historia de los fenómenos ópticos ha sido colmada, y Mr. Arago, habiendo vuelto á encontrar su manuscrito, le ha entregado á la publicidad en la Cuenta dada de las sesiones de la Academia de las Ciencias, después de haber anunciado esta buena nueva á la misma Academia.

## El reino de Dahomey.

RELACION DEL VIAJE DEL TENIENTE DE NAVIO AUGUSTO BONET ENVIADO CON UNA MISION CERCA DEL REY DE DAHOMEY, EN MAYO DE 1851.

Ya hacia largo tiempo que el Dahomey había escitado la curiosidad de los marinos que frecuentaban las costas occidentales de Africa: referíanse acerca de él las cosas mas extraordinarias: holocaustos de víctimas humanas sacrificadas sin compasión á serpientes enormes, que eran las divinidades del pais; que tenia un ejército de 7 u 8,000 amazonas, que sobrepasaban en valor á las de la antigüedad, y en fin, se hablaba con admiración de las riquezas y del poder del rey de Dahomey. Esas relaciones no eran exageradas, y en el día que se ha establecido una línea de paquebots ingleses hasta Sierra Leona, en la costa occidental de Africa, que probablemente se extenderá hasta la hermosa isla de Fernando Póo, en el golfo de Biafra á la embocadura del Niger, le será muy fácil á cualquier curioso que posea algunos miles de reales, el hacer en muy poco tiempo el viaje de Dahomey, y el ver allí las maravillas que vamos á referir.

Antes de penetrar con el lector en las ciudades, los valles y los bosques de este pais, es necesario dar en breves palabras una idea de las relaciones del Dahomey con los europeos. Los franceses fueron los primeros blancos que se establecieron en el pais, hace algunos siglos, y construyeron un fuerte en Whyda, que después se convirtió en factoría, para comerciar con el aceite de palma, que es allí muy abundante. Las relaciones con la Francia quedaron interrumpidas por los acontecimientos políticos de Europa, pero el rey del pais, llamado Guezo, que deseaba renovarlas, envió un mensaje, al presidente de la república hoy emperador de los franceses quien comisionó al teniente de navio Bonet para que con un vapor de guerra pasase á Dahomey. Zarpó del puerto de Marsella, con muchos regalos, y el 10 de mayo de 1851 ancló en Whyda, ciudad situada en el litoral del reino de Dahomey. El enviado francés fué recibido en la costa con la mayor pompa, y conducido á Whyda, que dista una legua de la orilla del mar en una hamaca, manera de viajar la mas dulce y cómoda. Los hamaqueros ó conductores son en número de seis, y se van sucesivamente relevando, porque solo dos llevan la hamaca pendiente de un palo largo, y sobre ella una especie de toldo: los hamaqueros caminan con mucha ligereza, pues por un término medio andan cinco millas marinas por hora. El rey, los blancos, los ministros y algunos gefes superiores, son los únicos que gozan del privilegio de ser conducidos en hamaca, las hay de mucho gusto y riqueza, especialmente las del rey.

A corta distancia de Whyda tuvo que detenerse y bajar de la hamaca, junto á un árbol sagrado, porque allí debía salirle al encuentro el yavogan ó gobernador de Whyda con todos sus gefes. No tardó en llegar una escolta de guerreros con su música, y detrás seguía el gobernador á caballo sostenido á cada lado por dos criados. Dió tres vueltas con su estrepitosa música y sus guerreros alrededor de la silla en donde se hallaba sentado el enviado francés, y tuvo lugar la presentación oficial. Después de recíprocos cumplimientos y de brindar á la salud del rey de Francia y del de Dahomey, manifestó que ya había despachado su correo para Abomé, con objeto de participar á su soberano la llegada del enviado, cuya noticia, añadió, sería recibida con júbilo, y que al momento prepararía lo necesario para marchar á Abomé. El yavogan es la tercera persona del reino después del monarca, porque Guezo considera á Whyda como uno de los puntos mas importantes de sus estados. El yavogan era en pequeño en Whyda, lo que el rey en Abomé: cuando pasa, el pueblo se arrodilla y dá tres palmadas para saludarle; pero en cuanto llega á Abomé, al yavogan le toca prosternarse y cubrirse de tierra en cuanto divisa á su terrible soberano, aunque sea á larga distancia.

El enviado francés se dirigió por fin á Whyda, precedido del yavogan y fué á alojarse en el fuerte de su nacion: entonces los habitantes comenzaron sus danzas y continuaron hasta la noche.

El fuerte de Whyda es espacioso y bien entendido, pero necesita muchos y grandes reparos. En sus bastiones hay unos cuarenta cañones, la mayor parte de grueso calibre, y están colocados en el suelo: las piezas que hay fuera para los saludos, no valen mucho mas y también se hallan en el suelo y en muy mal estado: para cargarlos los ponen derechos sobre la culata, luego los vuelven á dejar caer en el suelo con la boca encima de un tronco de árbol, y los prenden fuego con un tizon. Whyda es una población de 25 á 50,000 almas, muy grande, de mucha extensión, pero nada bella. Las propiedades particulares están cercadas con paredes de tierra, las casas de los indigenas son despreciables, construidas con barro, colocadas en fila y sin mas ventana que la puerta para darlas luz: parece que el habitante del Dahomey aborrece la luz en cuanto entra en su casa. Me dijeron que era



por preservarse de los cinífes y otros insectos molestos: las serpientes son los huéspedes mas comunes de aquellas casas; aquellos reptiles se pasean por entre las piernas de los que las habitan. Son unas serpientes magníficas, con brillantes colores dorados, y además son muy mansas ó inofensivas: esas serpientes que pertenecen á la especie de las *boas*, son las divinidades del Dahomey: son las únicas que disfrutan de este honor, pues las demás las matan sin misericordia cuando las encuentran, como en todos los países del mundo. Pero es necesaria tener mucho cuidado, porque he aquí lo que puede suceder al que por equivocación mata una serpiente idolo: con ramas y troncos de árboles forman una casa ó cabaña que llenan de leña seca: conducen á ella, primero el cuerpo de la serpiente muerta, luego una porción de cabritos, carneros, puercos, aves, etc., y en fin al hombre que se ha hecho culpable de la muerte del dios, con las manos ó brazos fuertemente atados por detrás de la espalda; la multitud, armada con palos y cuchillos, se reúne en derredor de la cabaña para quitar toda esperanza de fuga á las víctimas que colocan sobre la hoguera, y después la prenden fuego.

Mr. Bouet, durante su permanencia en Whyda, presencié una de esas ejecuciones; pero lo que prueba que se han dulcificado las costumbres ó por lo menos que esa pena ha caído en desuso, es que ya no sacrifican al hombre, sino que por el contrario le facilitan su evasión, cuando el fuego comienza á tomar incremento por medio de una puerta abierta á espaldas de la casa. Entonces la multitud le persigue dando terribles gritos, pero solo por fórmula y como por juego. Cuando mas suele re-



El Amor, criado del fuerte francés.

cibir algunos palos al pasar, y en cuanto llega á una baña de agua y se arroja en ella, queda libre.

Whyda es muy sucia y poco saludable. Por todas partes se ven en ella enormes hoyos, abiertos para sacar la tierra que se emplea en la construcción de las tapias y de las casas; aquellos hoyos los llenan con cieno ó inmundicias. A esas causas se agrega la inmediación de los pantanos ó lagunas que es necesario atravesar para ir al mar. Afortunadamente, fuertes brisas de mar suelen templar las causas de insalubridad.

Whyda tiene muchos y grandes mercados muy bien abastecidos. Varios agentes de policía, nombrados por el yavogan, mantienen el orden en ellos y perciben los derechos por los puestos, lo mismo que en Europa.

A lo largo de estos mercados hay tiendecillas en donde se venden telas del país, armas y artículos de Europa; solo las mugeres hacen el comercio de los mercados. En las inmediaciones de Whyda se encuentran campos perfectamente cultivados, que en nada ceden á los nuestros. El maíz es el que principalmente se cultiva allí, como en todo el Dahomey; á escepción de aquellas partes cultivadas, el terreno es bastante árido y se halla cubierto de yerbas y de matorrales. En ninguna parte abundan tanto las perdices como en las cercanías de Whyda, y son tan grandes como gallinas.

Mr. Bouet fué atacado de las calenturas africanas poco después de su llegada á Whyda, y permaneció enfermo un mes. Encontrándose mas aliviado, pasado aquel tiempo, mandó hacer los preparativos de viaje y envió su *baston* (1) al rey para anunciarle su llegada. Hubiera podido omitir aquella diligencia, porque todas sus acciones eran conocidas, y todas

(1) El baston es la insignia dada á un mensajero para anunciar que va de parte de aquel á quien pertenece el baston. El rey tiene muchos bastones mas ó menos ricos, y hace uso de unos ó otros segun la importancia del personage á quien le dirige. Tiene tambien un baston muy lúgubre que custodia en su casa el ministro de la justicia; aquel á quien se envia debe darse inmediatamente la muerte.



Espedicion al Dahomey; Djao.—Cabecero en traje de parada.

las noches se despachaba un correo á Abomé, es decir, á cuarenta leguas de allí, para dar cuenta de ellas. Se ve, pues, que la policía se halla bien organizada en el Dahomey.

La caravana era muy numerosa y se componia de diez y ocho hombres, tres hamacas y los equipages; además iban el portador del baston del rey, los gefes del Salam francés (barrio de Whyda), los *mossos* mayor y menor del fuerte, otros muchos empleados (4), y por último la guardia de honor, vestida y equipada á la europea, trage que debia incomodarla mucho por la naturaleza del país que tenia que atravesar. A la comitiva habian precedido mas de cincuenta hombres cargados con las maletas, provisiones y los cajones de los rega-

(4) Los *mossos* son los individuos destinados esclusivamente al servicio del rey ó el gefe. El comandante del fuerte tiene dos, uno nombrado por él y otro por el rey. Este último es como un espía.



Muger fetica de Acra.

los. El Salam francés, por órdenes formales del rey, es considerado como perteneciente al gobierno francés: Sus moradores están obligados á obedecer á la primera intimación del comandante del fuerte, y á trabajar para él por solo la comida. Así es que cuando van á Abomé, cargados ó como hamaqueros, no se les abona mas que el alimento de diez dias, contando la ida y la vuelta, para lo cual se les da unos cuantos *cauris* (1) ó doce reales. Si se tuviese que emplear otra gente, cada carga costaria un duro. El enviado al salir de Whyda pasó por la casa del yavogan para despedirse de él; mas tarde debia marchar tambien á Abomé para pasar allí el tiempo de las *costumbres* (2).

Los hamaqueros que habian disputado el honor de conducir al *embajador del rey de Francia*, como ellos decian, caminaban como el viento; á aquellos pobres diablitos no se les oia proferir mas palabras que las de *¡essou! ¡essou!* (animo, adelante), ó *¡atou! ¡atou!* (ahora va bien), y cuando llevaban de ventaja un centenar de pasos á las hamacas que les seguian, daban gritos de alegría y comenzaban á correr como ciervos. En las inmediaciones de Whyda el país no es hermoso; después de algunas millas, la caravana pasó por un pueblecito llamado *Larié*, en donde el enviado francés tuvo que bajar de su hamaca para beber con el gefe que habia salido á recibirle; por la tarde llegó á una ciudad llamada Toli, celebre por sus ferias ó mercados, con una poblacion de diez á doce mil almas; pero sucia y mal construida, con calles muy estrechas y casas de tierra. Una espantosa tempestad le obli-



Venohan, gefe de guerra del Salam francés.

gó á permanecer allí, y pasada la tormenta, volvió á ponerse en marcha para llegar á Ladda, primera residencia en donde el rey posee una casa confiada al cuidado de sus mugeres. Hasta Toli se atraviesan grandes llanuras sembradas de *vaquois*, árbol precioso para los tejidos del país, y cuyas hojas producen un ruido estrepitoso en cuanto las agita el menor viento. Desde Toli á Ladda, el camino forma varias revueltas por entre frondosos bosques, y ofrece deliciosos puntos de vista. Desgraciadamente se formó otra tempestad, que descargó á torrentes la lluvia sobre Mr. Bouet y su comitiva. En vano procuraron los viajeros resguardarse con sus tiendas y sus capas: de nada les sirvió. El rayo destrozaba los árboles á algunos pasos de ellos, y la lluvia habia convertido sus hamacas en unos verdaderos baños; hubo algunos que se decidieron á permanecer con valor en su vehículo africano; pero el enviado francés prefirió el lanzarse descalzo por el camino inundado, á pesar de las protestas de las gentes del rey que pretendian ser responsables de su persona. De ese modo llegaron á Ladda, en donde las mugeres del rey después de cederles sus habitaciones, encendieron buena lumbre y les sirvieron de comer; pero no quisieron hacer uso mas que de sus provisiones particulares, porque causaria náuseas á un europeo el comer aves compuestas con aceite de palma y pimienta: tanto valdria el tomar aceite de ricino; así fué que todos se regalaron con pan de maíz.

Habiendo preguntado el enviado francés qué especie de

(1) El *cauri* es la conchita de la India que llevan al Dahomey los buques europeos, y que sirve de moneda en aquel país y en otros de lo interior del Africa; dos mil componen un duro: el jornal de un hombre se paga en el Dahomey una tercera parte mas que el de una muger, y el de un jóven que no llega á quince años una tercera parte menos.

(2) Son tres meses de fiestas que el rey da al pueblo, durante los cuales le colma de liberalidades, y discute en asamblea pública las eventualidades de la guerra que se debe emprender en el mes de febrero siguiente, época de la sequía y de las expediciones anuales de Guezo.





Yavohan, gobernador de Whyda.



Passou, jefe de guerreros.

da seguridad; en cuanto á fieras, solo se encuentran allí chakales y lieñas, pero viven con preferencia en las inmediaciones de las ciudades, porque los bosques no les ofrecen mas que monos y una especie muy pequeña de gacela (4).

Después de Appai, en donde la caravana pernoctó en una casa del rey, entró en unas lagunas llenas de malezas (2). Aquellas lagunas son en verdad la mejor defensa del Dahomey contra toda tentativa por la parte de las costas ó la orilla del mar (3); el paso de las lagunas le pareció abominable; mas, sin embargo, logro vencerle sin tropiezo, empleando nueve horas en andar tres leguas; en seguida los conductores, alentados con el aguardiente que se les distribuyó con abundancia para recompensarles de la enorme fatiga que acababan de soportar, volvieron á emprender la marcha con nuevo ardor, y atravesaron corriendo un país árido, ferruginoso y abrasado; pasaron por Grimé, sin mas incidente que el que las mugeres de la casa del rey se obstinaron en ver á los viajeros, y por fin llegaron á la gran ciudad de Caná, que se descubre desde lejos, rodeada de campos muy bien cultivados

mugeres eran aquellas que cuidaban las casas que el rey tenía en varios puntos del camino, le respondieron que eran mugeres reformadas, que querían concluir de aquel modo su vida en el retiro, y que estaba prohibido bajo pena de muerte el penetrar en el recinto en que habitaban, por lo menos cuando se encontraban allí; las envió algunos regalos.

Desde Ladda, en donde la caravana pernoctó, hasta Appai, á donde llegó al día siguiente por la noche, se atraviesan los bosques mas hermosos que se puede imaginar: por todas partes se ven flores, aves y una vegetación admirable; el camino parece el paseo de un jardín, y está muy concurrido de viajeros que vuelven de las ferias de Toli ó de las poblaciones de la orilla del mar con toda especie de mercaderías. La autoridad del rey es tan sagrada, y sus órdenes tan respetadas, que no hay memoria de haber oído hablar de un robo ni de un asesinato en aquellos caminos: hombres, mugeres y niños circulan por ellos de día y de noche con to-

y con una hermosa vegetación. Caná, que en el día no cuenta mas que una población de ocho á diez mil almas, era la antigua capital de los reyes del Dahomey; posee muchos palacios de los monarcas, y en uno de ellos subsiste el panteón real, que visita todos los años el soberano, y en el cual hace degollar un gran número de víctimas humanas; en aquel mo-

(1) La piel de una de esas gacelas que hemos visto es sumamente pequeña.

(2) Estas lagunas se llaman *lamas*, palabra derivada del portugués.

(3) Guezon conoce perfectamente el deseo que los ingleses tienen de apoderarse del litoral de sus estados, y particularmente de Bahydn, y lo fácil que les sería penetrando en las lagunas con barcos planos; pero me parece que no podrían conservarla entre una población tan belicosa y tan decidida como la del Dahomey. Hace muy poco que los ingleses han declarado en estado de bloqueo toda la costa del golfo de Bessin, después de haber perdido muchos oficiales y soldados en un ataque que dirigieron contra Lagon, puerto del Dahomey.

mento es cuando Caná recobra algun tanto su vida y animación pasada, porque el rey lleva toda su servidumbre, una innumerable guardia de amazonas, y una multitud de pueblo; después de su partida, Caná vuelve á quedar completamente desierta y silenciosa; Caná puede compararse á Versalles, excepto en cuanto á las maravillas de la arquitectura europea; en efecto, los palacios de Caná son unos recintos espaciosos, con tapias ó paredes de estremada elevación, que encierran edificios mayores que los del resto de la ciudad. Aquellos palacios los habitan mugeres del rey ya retiradas y algunas compañías de amazonas. El aspecto de Caná es grandioso: sus casas muy limpias y rodeadas de gruesas tapias, sus espaciosas plazas, sus calles anchas y con algunos jardines, la dan una perspectiva muy agradable.

Desde Caná, los viajeros se dirigieron á Abomé, distante seis leguas, pues el monarca había manifestado al enviado francés, que se hallaba dispuesto á recibirle. El camino des-



Partida para la corte del rey de Dahomey.



de Cana á Abomé no se asemeja al de Whyda á Cana: es una verdadera carretera de mas de cien pies de ancho, con casas de campo á los dos lados; terrenos cultivados con esmero, y palmeras de aceite que ocupan una estension que se pierde de vista. Lo desagradable de ese camino es la precision de bajar á menudo de las hamacas. A la salida de Cana se encuentra la primera barrera sagrada, compuesta de una porcion de estacas pintadas; es necesario pasarla á pie: poco despues está la segunda, en que hay que observar el mismo ceremonial; mas lejos la *Casa del Diablo*, perteneciente al rey, en donde se ve una especie de idolo muy grande de madera pintada de encarnado; allí, un gran sacerdote se coloca á la orilla del camino y dirige á los pasajeros un discurso: es el encargado de guardar al diablo ó genio maléfico del rey, y desgraciado de él si no le custodia bien. Cuando hace poco mas de tres años las viruelas causaron grandes estragos en el Dahomey y S. M. perdió un ojo, el sacerdote de la casa del Diablo pagó aquel accidente con su vida; el que le reemplazó sufrió poco tiempo despues la misma suerte, cuando la desgraciada expedición de Guezo contra el *Bequonta* (1), en la cual vió caer en derredor suyo *dos mil* de sus amazonas, que le salvaron dejándose matar por favorecer su fuga.

En fin, el caballero Bouet vió presentarse á lo lejos y delante de sí una masa confusa de cabañas pequeñas, pintadas con mil colores, y un poco mas alla elevarse una gran muralla precedida de un foso: se le dijo que las primeras eran la ciudad de los dioses ó idolos protectores del Dahomey, y las murallas las que circunian á Abomé. Habíase preparado una casa en aquel sitio, para que el enviado y su comitiva se vistiesen el traje de ceremonia, é hiciesen su entrada en Abomé de un modo solemne.

(Se continuará.)

### La huérfana del Pirineo (2).

(Continuacion.)

XXIII.

EN QUE VERA EL LECTOR DE QUE MANERA CUMPLIA DAMIAN LOS ENCARGOS DE CONFIANZA.

Damian, sin dejar su canto bullicioso ni de menear sus piernas sobre el abismo, miraba al soslayo á la vieja que con apetito envidiable iba engullendo uno tras otro tajos de carnero, pedazos de queso, duros como la piedra, rociándolo todo con añejo Mendigorria, vino alcohólico si los hay, pero que no parecia hacer gran mella en el cerebro de la hambrienta anciana.

—Se llevó el diablo el carnero; murmuró el monaguillo arrojando al Ur-epél el hueso mondo y limpio, único resto de una pierna de regulares dimensiones.

Ahora la emprende con el queso roncalés, tornó á murmurar viendo que Ana se disponia á darle fin. En verdad que esta pobre anciana debia tener hambre: no me va á dejar ni un pedacito siquiera para cenar esta noche: luego añadió con resignacion heroica: ¡Bah! Que cenar no me faltará.

En el interin la Atsó-gorria sacudia su delantal lleno de migajas y volviéndose á Damian le dijo:

—Te aseguro, hijo mio, que no creia encontrar en tu mortal alimentos tan sabrosos; no ha sido esto muy comun en el tiempo que hace que nos conocemos: sin duda has variado de posicion.

—¡Pst! contestó el rapaz con cierto aire de importancia: algo se ha hecho, tia Marta, algo se ha hecho.

—Mucho me alegro, y no puedo menos de decirte que me estraña bastante ese cambio.

—¿Por qué? ¿No soy acaso capaz como el que mas para desempeñar otros cargos que el de monaguillo de una parroquia?

—Dios me libre de dudar de tal cosa.

—¿Pues por qué os estraña de mis adelantos?

—Porque francamente hablando, te he tenido siempre por un muchacho listo, eso sí, pero de muy mala cabeza.

—¡Vaya una opinion!....

—Que no debe admirarte el que yo la tuviese: no pasaban quince dias sin que vinieras á buscarme ya para curarte una herida, ya para arreglar una descalabrada.

—Eso es: echadme ahora en cara las hilas y los ungüentos que me aplicasteis en la herida que me hice al caer de la ventana del mayordomo de madama; y vive Dios que haceis mal, porque en aquel asunto vos teniais tanta parte como yo.

—Serás capaz de decir que yo tuve la culpa de lo que sucedió.

—No diré tanto; pero á bien, á bien, que sino hubierais deseado saber lo que hacia German en su cuarto á aquellas horas....

—Curiosidad de vieja, hijo mio, pero la tuya no le iba en zaga.

—Es verdad.

(1) Desde 1817 en que Guezo subió el trono, todos los años declaraba la guerra á sus vecinos; no ha experimentado mas que dos reveses: en 1823 junto al pais de los *Achantis*, y el año último en *Bequonta*, al Sur de Dahomey. Los habitantes de *Bequonta* son los restos todavía formidables de una nacion guerrera y poderosa, que Guezo no ha podido destruir enteramente, y á los cuales llaman *magots*. Guezo se aventuró imprudentemente en medio de ellos, y pagó su temeridad con la pérdida de una parte de sus amazonas, que se sacrificaron por salvarle. Dicese que algunos misioneros ingleses se mezclaron en aquel encuentro, y que alentaban á los *magots* recorriendo sus filas. Ahora han hecho mas; Mr. Forbid, comandante inglés, ha sido enviado á *Bequonta* como gobernador; ha sido enarbolado allí el pabellon inglés, y las gentes del pais, que temen la venganza de Guezo, han escrito á Inglaterra solicitando ponerse bajo la proteccion del gobierno británico.

Esa conducta de los ingleses se explica fácilmente si se reflexiona en la negativa y el desprecio que han sufrido por parte de Guezo, y en la influencia de los misioneros ingleses establecidos en *Bequonta*. Cuando hace poco los enviados ingleses propusieron á Guezo una pension anual de diez mil duros por renunciar al trafico de los esclavos, Guezo dió dos dias de festejos á su pueblo, gastó diez mil duros en prodigalidades, y despues dijo á los ingleses: «Como veis, no tendria bastante con vuestra pension para vivir tres dias.» *Dahomeyenses* y *magots* son pueblos enemistados hace muchos siglos. La guerra contra los *magots* es el asunto sobre que giran siempre las discusiones en las asambleas publicas del Dahomey. Lo singular es, que algunos negros del Senegal que han estado en el pais de los bambaras, suponen haber reconocido en los prisioneros *magots* el lenguaje y el modo de pintarse de los bambaras, lo cual induciria á creer que las tribus de la gran nacion de los bambaras, que habitan en las orillas del Níger, se extenderian hasta los confines del Dahomey.

(2) Veanse los números anteriores.

—Ya lo creo; y otra prueba de ello es, que muy á pesar mio te empeñaste asimismo en ver lo que pasaba en la choza del bosque entre Félix y madama de Bréssens, la noche en que estuvieron juntos tanto tiempo.

—Tambien es verdad; pero que quereis: yo os debo algunos favores: me dais ropa nueva de vez en cuando, peales abrigados para el invierno; abarcas suaves y de larga duracion... y ¿sabéis una cosa, Marta? añadió Damian.

—¿Qué, hijo mio?

—Muchas veces me he preguntado á mí mismo, ¿de dónde saca Marta todas esas cosas que me regala, siendo ella tan pobre?

—¡Hola! exclamó la anciana mirando á Damian con atencion: ¿y qué respuesta has encontrado á esa pregunta?

—Ninguna.

—¿No has pensado algo acerca de mí? Vamos, la verdad.

—Al principio tuve sospechas.

—¿Sospechas! ¿de qué?

—No os riais, Marta; porque os voy á decir una barbaridad: creí que erais la Atsó-gorria en persona.

—¡Jesus y que disparate! exclamó la anciana dando palmadas.

—Ya lo creo: pero luego reflexioné que los pantalones que me dabais no me quemaban la carne, y que vuestros ungüentos cicatrizaban perfectamente mis heridas.

—De modo que....

—De modo que me convencí de lo contrario; y mucho mas despues que vi á la Atsó-gorria en cuerpo y alma, como os dije antes.

—¡Ah! sí: y ahora recuerdo que me añadiste que fué un encuentro curioso con yo no sé qué soldados y granaderos franceses: cuéntame, cuéntame algo de eso.

—No hay inconveniente; pero antes me habeis de decir, que diablos hacian en Pamplona Gaspar y Félix: porque tambien me lo habeis ofrecido.

—Si te hubieras acercado á ellos, te lo hubiesen dicho.

—O no: ¿quién sabe? ¡Es tan orgulloso ese cazador!...

—¿Le tienes ojeriza?

—No por cierto: antes al contrario, le quiero bastante; porque ama á Inés, á quien no sé por qué, tambien amo yo.

—¡Pobre Inés! exclamó la anciana con tono compasivo.

—¿Qué es eso? ¿La ha sucedido alguna cosa mala?

—¡Ah, Damian! tornó á exclamar la vieja.

—Vamos: no hagais tantas exclamaciones, y acabad de una vez....

—No es fácil: porque no todo lo que se dice suele ser verdad.

—¡Oh! exclamó Damian á su vez: yo quisiera que todos tuvieran mi genio. ¿Ha muerto, por ventura?

—Se cree que no.

—¿Está enferma?

—¡Tampoco: pero han cambiado las cosas de tal modo desde tu ausencia...

—Sino hace mas que seis dias que estoy ausente.

—¡Seis dias! dijo la vieja retardando con cálculo la noticia que iba á dar, con el objeto de excitar mas y mas la curiosidad del mancebo. ¡Seis dias! ¿Y te parece poco? En ese tiempo se han visto aquí sucesos...

—Pues lo que es antes no ocurría ninguno ni en seis años.

—Ya: pero ahora es otra cosa.

—¿Pero qué sucesos son esos? ¡Oh! sois inaguantable con vuestra cachaza.

—Confianza por confianza, amiguito: yo te diré lo que sé: tú me dirás lo que sepas.

—Convenido.

—Sin ocultarnos nada.

—Os lo diré todo, todo, todo: dijo el ex-monaguillo en el colmo de la impaciencia.

—En ese caso te voy á revelar una cosa que la saben muy pocos todavía en el país.

—Acabareis de una vez, Marta, ó quereis que me arroje de cabeza al Ur-epél.

—Vamos, no seas tan impaciente; escucha.

Y Damian inclinó la cabeza prestando profunda atencion.

—Inés ha desaparecido.

—¡Bah! contestó el ex-monaguillo abriendo desmesuradamente los ojos.

—Créeme, Damian: lo sé de positivo.

—¿Y cómo ha desaparecido?

—Esa es la dificultad: los unos dicen que se ha escapado en compañía de German...

—Mentira, exclamó el mancebo.

—¿Cómo sabes tú que es mentira?

—Porque he visto al señor German todavía no hace veinte y cuatro horas, y donde él está, no hay rastro siquiera de Inés: antes al contrario, me ha dicho... me ha encargado....

Y se detuvo Damian mirando á su interlocutora.

—¡Caramba! pensó: habia olvidado sus pistolas.

—Prosigue, hijo mio: ¿qué encargo te ha hecho el señor German?

—Nada, nada, proseguí: luego hablaremos de eso.

—Como quieras, en todo caso yo me alegro de que esas voces hayan salido falsas: otros dicen que Inés tropezó de noche en el bosque con yo no sé quien, y que desde entonces no se la ha vuelto á ver.

—¡Pobre Inés! exclamó Damian á su vez; yo apostaria, sin embargo, á que la Atsó-gorria anda en ese ajo.

—¿Lo crees así?

—Vaya si lo creo: cuando menos ella no ignorará, de seguro, lo que puede haber de misterioso en ese negocio.

—Quizá tengas razon. ¡Sabe tantas cosas esa muger!

—Muger ella! dijo el ex-monago; si dijerais bruja...

—O bruja, como tú quieras.

—¿Y no se tiene noticias del paradero de la hija de Gaspar?

—Ninguna; hasta ahora al menos.

—Pues es preciso adquirirlas.

—Ya: pero ¿cómo?

—Como, como; de algun modo: ello, á mí se me ha puesto en la cabeza que hemos de indagar, é indagaremos, voto al diablo.

—¡Hola! parece que lo tomas con empeño.

—Y á mí me parece que la cosa lo merece: vive Dios que seria chistoso que mientras que Félix y Gaspar andan en busca de Inés por las calles de Pamplona.... porque yo supongo que dando créditos á esos rumores, se habrán dirigido á la capital con objeto de encontrarla.

—Tal vez.

—Seria chistoso, repito, que la topásemos nosotros sin movernos de aquí.

—Yo te ayudaria con mucho gusto en las pesquisas que vas á emprender; pero mis pobres piernas...

—No teneis necesidad de correr mucho para eso.

—Siendo así... contestó la anciana.

—Mirad, Marta: vos os situais en la cocina de madama de Bréssens...

—Alto ahí, hijo mio. No quiero ver la cara á su mayordomo, que es tan gruñon como viejo.

—¿Viejo él? exclamó Damian riéndose.

—Yo por tal lo tengo.

—Pues no es ni con mucho tan viejo como parece, y podeis creerme, porque sé algo respecto á ese particular: ademas que no hay por que temerlo, puesto que á estas horas está lejos de aquí.

—Pero puede volver.

—No es fácil, por ahora al menos.

—Muy enterado estás de sus asuntos, Damian.

—Algo se sabe, contestó el ex-monago con aquel aire de suficiencia que le era tan comun.

—Aunque no vuelva German, como tú dices, hay otra dificultad.

—¿Cuál?

—Madama tiene tan mal genio de algunos dias á esta parte....

—¡Diablo! Parece, segun veo, que ha habido muchas mudanzas por acá. ¿Y se sabe el por qué de esa variacion? ¡Ah! Ya caigo: la ausencia de Félix, dijo maliciosamente el muchacho.

—Mucho sabes, Damian: le dijo la anciana que insensiblemente iba conduciendo la conversacion al terreno que ella deseaba. Pero, ahora me ocurre otra idea.

—Veamos esa idea.

—No has dicho que apostarias á que la Atsó-gorria sabe todo lo que ha sucedido?

—Sí.

—¿Pues hay mas que preguntárselo á ella?

—¿Y quién se lo pregunta?

—Tú.

—¿Yo? dijo Damian poniéndose de pie de un salto, ¿yo?

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que me lleve el diablo que probablemente estará en su compañía.

—No me has dejado completar la idea.

—Si se parece al principio...

—Tu tienes aversion á esa pobre muger.

—¿Aversion, eh? y algo mas.

—Pues yo creo que no hace mal á nadie.

—A mí nada me ha hecho ni bueno ni malo; pero á pesar de eso....

—La tienes miedo, ¿es verdad?

—Y no pequeño.

—Pues yo no la temo.

Damian miró casi asustado á su interlocutora.

—Te digo que no la temo.

—¿Hablais de veras?

—Sí: ni la te no ni la he te nido jamás.

—Bien ¿y qué tenemos con eso?

—Tenemos que iré á verla en persona y la preguntaré cuanto desee saber.

—Marta, yo creo que los años...

—¿Qué tienen que ver mis años con lo que se trata?

—Quiero decir que esa cabeza...

—Esta cabeza vale mas que la tuya.

—Bien puede ser; pero aun así y todo, soy de opinion de que cometeis un disparate.

—Para los medrosos como tú, lo será enhorabuena.

—Vamos, no os enfadeis. Yo os quiero, y por eso os aconsejo que mireis bien lo que haceis. Esa bruja es muy mala: al menos así se cuenta en el país.

—¡Imbéciles! exclamó la anciana.

—¿Sabéis, Marta, dijo Damian mirándola, que al oiros defenderla de esa manera, vuelven á renacer mis sospechas de que si no sois la Atsó-gorria, sois cuando menos una parienta muy próxima de esa bruja?

La anciana se rió de la manera que conocemos.

—Eres como todos, estúpido, necio, mentecato.

—Muchas gracias: antes era listo, ahora tonto. No se diga que yo he tratado de oponerme á vuestra voluntad: lo que deseo es que salgais airosa en vuestro empeño.

—Y saldre, no lo dudes.

—Allá lo veremos. Supongo que me contareis lo que os diga la bruja.

—Ya se ve que sí.

—Sí es que salís con vida de sus uñas.

—No te apures por eso.

—Así sea.

—De modo que me aguardarás aquí...

—¿Vais en busca de la bruja?

—Ahora mismo, y vuelvo antes de media hora; dijo la anciana levantándose.

—Dios os guie, Marta: pero prometedme que volveréis sola, si volveis.

—No temas, hijo mio, contestó la anciana; no temas, yo volveré, te lo prometo.

Y comenzó á bajar hacia el precipicio.

Aguardando á la vieja, se puso Damian á comer las migajas que aun quedaban en su despensa, y al mismo tiempo empezó á reflexionar acerca del acontecimiento que le habia causado tanta pena.

Ya sabemos que Damian era dado habitualmente al monólogo, como acontece comunmente á los que llevan un género de vida aislado. El ex-monago, por su oficio de cartero, casi siempre caminaba solo por aquellas montañas, así es que se desarrolló en él de una manera especial la facultad de reflexionar con cierto tino acerca de todas materias, á semejanza de los que se entregan al estudio de ciencias abstractas.

Pero entre estos y Damian habia una diferencia, y era que los unos reflexionan sin hablar, al paso que nuestro héroe reducía las reflexiones á monólogos en voz alta.

Así es que cuando hubo concluido con las migajas del zurrón, empezó á racionar de esta manera:

—Inés ha desaparecido: muy bien. ¿Por qué? Esto lo sabre



muy pronto por medio de Marta. ¡Ah! ahora que recuerdo: Marta volverá ó no, según quiera la Atsó-gorriá... y ella no la teme... yo creo que todas las mugeres al llegar á cierta edad, se convierten en brujas... y como Marta es mas vieja que cuantas mugeres conozco... ¿qué apostamos á que hay algo entre la Atsó-gorriá y ella?... ¿y qué me importa á mí aunque así sea?... Tanto mejor... ¿Con que estamos en que Inés ha desaparecido, y en que no sabemos el por qué?... no habrá sido sin motivo... Vamos, Damian, piensa, piensa: acaso cuando vuelva Marta sepas tanto como ella.

Y volvió el zurrón del revés por ver si quedaba algo que comer en alguno de sus rincones.

—Nada, nada, prosiguió: si al menos me hubiera dejado un pedazo de queso... comiendo se me aguza el ingenio... así dice al menos el señor German... ¡calle! ¿Por qué me habrá ocurrido ahora el nombre del mayordomo?... ¡Oh, oh! me parece que voy á dar en el hito... exclamó de pronto dándose una palmada en la frente. Inés ama á Félix: madama le ama también... ¡vaya si soy listo!... hay envidia de por medio: apostaría una peseta... Las cartas que me han entregado podrian tal vez sacarme de dudas; pero están escritas de un modo y en un idioma que no entiendo... por esta vez me la han pegado... prometo aprender para lo sucesivo...

Mas adelante hubiera seguido en su monólogo si no se lo hubiera impedido un acontecimiento extraño.

Del fondo del barranco llegó hasta su oído una voz argentina que entonaba una melodía triste.

—¿En dónde diablos cantan? murmuró inclinándose sobre el abismo.

Sus ojos de lince registraron aquella profundidad, en donde nada vieron mas que las aguas del Ur-epél.

La voz se oía clara y distintamente.

—Yo conozco al cantor: tornó á murmurar el rapaz. ¡Oh! y es un zorrico de mi cosecha lo que canta. Esa voz... esa voz... ¿dónde la he oído yo? ¡Ah! Ya está descubierto el misterio.

Y tendiéndose boca abajo en el sendero con la cabeza fuera del borde, gritó:

—¡Inés!

La voz calló en el mismo instante.

El rapaz tornó á gritar:

—¡Inés!

—¿Quién me llama? preguntó el cantor sin duda.

—Soy yo; respondió el muchacho.

—¿Quién sois?

—Toma: yo. ¿No me conoces?

—Apenas os oigo.

Y el ex-monago gritó con mas fuerza:

—Soy Damian.

—¿Damian? ¿El monaguillo?

—El mismo.

—Pues entonces, ¿dónde estoy?

—¡Vaya una pregunta! ¿qué se yo?

—¿Dónde estás tú?

—En el sendero de Arlecu.

—¡Gran Dios! ¿En ese caso estoy cerca de mi caserío?

—Ya lo creo.

Y el rapaz murmuró:

—Aquí se han vuelto locos todos mis amigos.

—Oyeme, Damian.

—Todo soy orejas.

—¿Ves este árbol que se avanza sobre el abismo?

—Vaya si lo veo: mas de una vez he tenido tentaciones de bajar hasta él para coger un nido de águila.

—Pues bien: no lo pierdas de vista.

—Pierde cuidado; pero ¿á que viene esa advertencia?

—Luego lo verás: ahora mira bien, pues voy á salir.

—¿A salir de dónde?

—De la cueva.

Damian miraba con atención intensa al raquítico árbol, sin poder adivinar qué cueva era aquella de la cual no tenía noticia.

Un instante despues vió con asombro caminar sobre el tronco horizontal del árbol una forma de muger, cuyas facciones no podian distinguirse á tanta distancia.

—¿Me ves, Damian?

—Sí.

—Por Dios vivo te conjuro: sácame de aquí.

—¿Que te saque de ahí? Pues no pides poco.

—¡Oh! no me abandones, Damian, exclamó la jóven levantando las manos al cielo.

—Yo bien quisiera ayudarte á salir de ese mal paso; pero á no ser que me prestes un par de alas tan grandes como las de los angelotes del altar mayor de la iglesia de Errazu, yo no se cómo he de bajar hasta donde tú estás.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó Inés con acento dolorido.

—El caso es, que si me dijeras al menos cómo y por dónde has ido á parar á ese sitio... dijo el mancebo conmovido.

—Lo ignora, Damian, lo ignora.

—Esa es otra, murmuró el ex-monago. ¿Con que no sabes cómo has bajado hasta ahí?

—Te lo juro, amigo mio.

—¿Caramba! pensó Damian: si habrá muerto Inés y es su alma la que me habla... Escúchame, amiga, prosiguió gritando: escúchame con atención, y sobre todo no me engañes.

—¿Qué quieres?

—¿Estás viva ó muerta?

—Viva, Damian; pero pronto moriré si no me sacan de aquí.

—¿Estás viva de veras? Pues mira: te aconsejo que vuelvas á entrar en esa cueva de donde has salido, porque me tiemblan las carnes al verte suspendida de esa manera sobre el abismo. Yo te juro que voy á ocuparme en buscar los medios para librarte de tu prisión.

—Busca á mi padre, Damian.

—Está muy lejos de aquí, y antes que venga puedes morirte de hambre.

—¿Pues dónde está?

—En Pamplona.

—¿Y Félix?

—También. ¿Pero no sospechas al menos quién te ha conducido á ese sitio?

—Sospecharle si.

—¿Quién es? Así podré obligarle...

—No me atrevo á decirlo.

—¡Ah! murmuró Damian: el diablo me lleve... si... la Atsó-gorriá se me figura que he hecho mal en meterme en este enredo.

—¿Es una muger por ventura, Inés? gritó para asegurarse.

—Sí.

—Pues en ese caso, lo mejor será que lo ponga en conocimiento de tu padre y de Félix, para que todos juntos...

—Guárdate de ello, dijo á su lado una voz.

Volvióse asustado, y vió á Marta que se sentaba en tierra en aquel momento.

—Buen susto me he llevado, Marta.

—¿Y quién te mete á ti en cosas que no te importan?

—¿Que no me importan decís?

—No: y lo mejor que puedes hacer es de irla que tenga un poco de paciencia, pues muy pronto tendrá buenas noticias: vaya, díselo.

—¿De verás?

—Haz lo que te digo: ¿olvidas de donde vengo?

—¡Ah! teneis razon. ¿Con que es cosa de...

—Sí: de la bruja, como tú la llamas.

—Ya decía yo que esa endemoniada no puede hacer nada bueno.

—Obedece y calla, Damian.

El ex-monago volvió á tenderse boca abajo y gritó:

—¡Inés!

—¿Qué?

—Retírate: desde este momento voy á discurrir un medio para salvarte.

—Dios te lo pague, Damian; pero no tardes, te lo suplico.

—No pases cuidado; mas oye un consejo y una súplica.

—¿Cuál?

—Ten paciencia, porque todo se arreglará; y ahora, adios, Inés, adios. ¿Es eso lo que debo decir? preguntó volviéndose á Marta.

—Sí, y nada mas.

—El te guarde y te ilumine, mi buen Damian: dijo Inés retirándose del árbol.

—Respiro; exclamó el ex-monago. Temí que resbalase y cayese al abismo.

—Eso es, y me la has tenido allí entretenida cerca de un cuarto de hora espuesta á una desgracia...

—El caso era tan raro, que habia olvidado la posición en que se encontraba. Pero decidme, Marta, ¿qué cueva es esa donde está Inés y de la cual nunca he oído hablar?

—Estoy tan ignorante como tú. Es la primera noticia que tengo de semejante cueva.

—La pobre jóven se va á morir de hambre.

—No lo creas. La Atsó-gorriá cuida de ella.

—Está de Dios que no he de dar un paso sin tropezar con esa bruja, que al cabo, al cabo...

—¿Qué?

—Temo que me juegue una mala pasada.

—Te aseguro Damian que estás haciendo méritos para que no te quiera bien.

—¡Bah!

—Me lo ha dicho ella misma hace media hora.

—¿Con que se acuerda de mí? Ahora repito lo que dije antes.

—¿Qué es lo que dijiste?

—Que no anduve muy acertado en meterme en este enredo de Inés.

—Allá lo veremos: ella me ha hablado de ti: esto es lo importante.

—Vamos á ver; ¿qué os ha dicho?

—Me ha dicho que tiene muchos motivos de queja, y que llegará un día en que podrá ser muy funesto si sigues en ese sistema.

—¡Diablo! exclamó el rapaz palideciendo.

—Si supieras cuales eran sus intenciones no hace mucho...

—¿Contra mí? preguntó Damian todo asustado.

—¿Pues contra quien habian de ser? Díjome estas palabras:

—«Ya se vuelve á mezclar ese bribonzuelo en mis asuntos, y por vida del diablo que me las va á pagar todas juntas.

—«No le hagais nada, la dije yo: es un buen muchacho, de excelente corazón, é incapaz de hacer mal á nadie.»

—Eso es verdad, Marta, interrumpió el ex-monago.

—«Tentaciones me dan, prosiguió la Atsó-gorriá, de empujarlo para que vaya á dar un chapúz en el Ur-epél.»

—¡Oh, oh! exclamó Damian ¿eso ha dicho?

—Son sus palabras. Afortunadamente ha escuchado mi ruego, consintiendo en perdonarte con la condicion de... de...

—¿De qué? preguntó el rapaz con ansiedad. Acaso quiere que la entregue mi alma?

—¿Y para que le sirva tu alma á la Atsó-gorriá?

Quiere que te guardes de hablar una palabra tan siquiera acerca de Inés, y que nada me ocultes de cuanto sepas.

Damian miró á su interlocutora socarronamente, y se puso á tararear una canción.

—Buen caso haces de su advertencia, dijo la vieja mirándole con intencion.

—¿Sabéis una cosa, Marta?

—Alguna nueva necesidad.

—Que no tengo ni pizca de tonto, y que no os creo ni esto de cuanto me habeis contado: y al decir estas palabras hizo una mueca significativa.

—Muchas gracias, amiguito.

—Habeis querido asustarme y valeros de ese medio para sonsacarme lo que yo sepa. Hacedis mal, Marta, cuando yo doy una palabra, la cumplo. Os prometí contaros todo, todo, todo, y no necesitabais de intimidarme para ello.

—Haz lo que quieras, Damian, que creas que no, yo ya te he dicho lo que tenia encargo de decirte: allá te las avengas.

—Bien, bien; dejemos eso para mas tarde, yo lo pensare.

—Como quieras. Y ahora cuéntame tu viaje á Pamplona con todas las demas circunstancias.

Damian narró fielmente cuanto le habia acontecido en los seis ó siete días que se hallaba ausente de aquellas montañas.

—Veo que no me has engañado, le dijo la anciana cuando hubo concluido su narración. La Atsó-gorriá me lo ha contado de la misma manera.

—¿De veras? preguntó el muchacho en tono zumbón. ¿Vaya una gracia!

—¡Damian! exclamó de pronto la vieja poniéndose en pie y con airado semblante: no juegues con quien sabe y puedes mas que tú, ni te burlas de quien puede reducirte á polvo con solo quererlo.

El ex-monaguillo quedó atónito ante aquella enérgica advertencia, tanto mas inesperada, cuanto que en las relaciones

que habian mediado entre él y su interlocutora, siempre la habia visto blanda y complaciente.

—Yo te quiero, prosiguió la anciana, sin que al presente tengas necesidad de saber el motivo, y por eso te doy consejos que no siempre sigues.

—Es verdad, Marta, contestó el muchacho algun tanto repuesto del asombro que le habia causado el inesperado cambio que habia notado en la anciana. Y vive Dios que si no me hubiese separado á veces de lo que me aconsejábais...

—No hubieran sucedido muchas cosas: interrumpió Marta.

Por ejemplo, ¿no te tenia dicho mil veces, que cuando fueras portador de algun mensaje de madama ó de su mayordomo me dieras cuenta de ello? Y á pesar de esto, ¿no he llevado cartas del uno á Bayona, é introducido una esquila de la otra por la gatera del caserío de Gaspar sin que yo supiera nada?

¿Sabes cuáles han sido las consecuencias de tu desobediencia? Pues ha estado en muy poco el que hayas sido causa de la muerte del pobre pastor.

—¿De Gaspar? preguntó el rapaz admirado.

—Sí, de Gaspar, á quien, según tú mismo me has dicho, quieres y respetas.

—Ya se ve que sí: ¿pero cómo ha podido ser eso? Madama me dijo por el contrario, que Gaspar se alegraria de recibir la esquila.

—Madama es una muger sin entrañas, Damian.

—¡Oh!

—Y German un malvado, añadió la vieja.

—¡Oh! ¡oh! replicó el ex-monago con asombro creciente. ¿Cómo sabeis esas cosas?

—Del mismo modo que la Atsó-gorriá sabe que el mayordomo quiso matarte un día, y que te amenazó con levantarte la tapa de los sesos de un pistoletazo si no le eras fiel.

El muchacho se aurrucó confundido al ver lo bien enterada que estaba la Atsó-gorriá de todos sus asuntos.

—Es decir que esa bruja...

—Habla mas bajo, hijo mio, porque pudiera oírte: esa muger todo lo sabe y todo me lo cuenta; sírvate de aviso para en adelante.

Damian quedó callado.

—Ahora, prosiguió Marta, veamos á que has vuelto al país.

—Traigo una carta para madama.

—Bien está: enséñamela.

—Es inútil, Marta, del todo inútil.

—¿Por qué?

—Porque está escrita de un modo que no comprendereis.

—¿Luego tú la has abierto?

—Es lo que hago con todas las cartas de que soy portador.

—Cuidado no te cueste cara algun día esa curiosidad... Pero, dame la carta, pues quizá pueda yo comprender lo que tú no.

Damian sacó de uno de sus bolsillos un envoltorio compuesto de cuerdas, hondas, trapos, clavos y otros objetos heterogéneos de entre los cuales pudo desenredar la carta, cuyo sobre no estaba muy limpio por cierto.

Marta ablandó con su aliento la oblea y abrió el pliego.

Todo él estaba cubierto de cifras.

—Por fortuna no he olvidado la clave, y es la misma, murmuró la vieja y comenzó á leer para sí.

Damian la miraba mientras en su mente decia estas palabras:

—Entre el enojo del señor German y la cólera de la Atsó-gorriá, prefiero lo primero.

—Os habeis llevado chasco, y chasco grande como el mio, le dijo á la anciana viendo que se disponia á cerrar de nuevo el pliego.

—Así es: no he podido comprender ninguno de estos garabatos.

—Ya os lo dije: pero os empeñasteis... ¿y qué debo hacer ahora?

—Llevar la carta á madama y decirle que sabes positivamente que Inés se encuentra en estas inmediaciones.

—¿Nada mas?

—Nada mas: Ella procurará sonsacarte como ha llegado á tu noticia el paradero de la jóven: entonces le diras que la has oído en un sitio cualquiera, donde mejor te parezca. Esa noticia te valdrá dinero si sabes manejarla, y probablemente te encargará que lleves á Pamplona la respuesta de esa carta de que eres portador.

—¿Y de la otra?

—¿Qué otra?

—Otra carta tengo también.

—¿Para ella?

—No; para Bayona.

—¿De German?

—De Bertholón.

—De Bertholón! exclamó la vieja poniéndose en pie.

—Sí: de mi amo. ¿No os dije su nombre?

—Es Bertholón el comandante... el militar... Venga esa carta, venga pronto. Tú no sabes, hijo mio, cuan importante es para mí el verla.

—¿Para vos? dijo el muchacho mirándola asombrado.

—Para mí, no precisamente; pero si para la Atsó-gorriá.

—He aquí como el demonio maneja las cosas de modo que uno se halle en relaciones con gente que no es de su devoción, dijo Damian con muestras de disgusto.

—¿Me tienes algun afecto, hijo mio? le preguntó la anciana, cambiando de tono.

—Mucho, Marta, y á la verdad que bien lo merecéis. Por vos fui nombrado monaguillo en Errazu y correo del pueblo... á vos debo el ir vestido... y esto no lo olvidaré nunca.

—¿Y no te has puesto á pensar alguna vez, cuáles serian mis motivos para obrar de esa manera contigo?

—He pensado que viéndome solo en el mundo, sin parientes ni amigos, he merecido vuestra compasión.

La anciana se le quedó mirando largo rato... una lágrima apenas perceptible se asomó á sus párpados llenos de arrugas... y despues de un momento de muda contemplación, le contestó:

—Es verdad, Damian; lo has adivinado. Puesto que me tienes afecto nacido de agradecimiento, créeme: no hagas nada sin consultarlo antes conmigo. Dame la carta de Bertholón.

Damian se la entregó como la primera.

También esta misiva estaba escrita sinó con cifras, al menos en un idioma que no conocia nuestro héroe.

La carta estaba escrita en alemán.

Leyóla con cuidado la anciana y volviéndola á cerrar, se la devolvió á Damian diciéndole:

—Tampoco he podido comprenderla. Llévala á su destino.



y ten presente, muy presente, nuestra conversacion de hoy.  
—No la olvidaré, Marta.  
—Siempre que quieras encontrarme, ven á este sitio y grí-  
ta por tres veces con todas tus fuerzas.....  
—¿Qué he de gritar?  
—¡Marta! nada mas.  
—Pasado mañana me teneis aqui.  
—Bien está: hasta pasado mañana, hijo mio.  
La anciana y Damian se separaron; ella en direccion al  
barranco, y Damian, muy pensativo en direccion á Urdox.

(Se continuará.)  
J. M. DE GOIZUETA.

## Nociones acerca de la bella literatura en general.

(Continuación.)

No obstante, en el siglo XIV fué adelantando pasos el desarrollo de las artes y de las ciencias, al mismo tiempo que progresaba con rapidez la literatura dramática en la corte de los reyes de Aragón; y en la coronación de Alfonso IV se representaron por el infante don Pedro y por los ricos-hombres y algunos juglares varias composiciones que el mismo infante había dispuesto. Existe en la biblioteca del Escorial una composición teatral, titulada: *Danza general en que entran todos los estados de gentes*, la cual se ejecutó en Castilla. Don Pedro Gonzalez de Mendoza escribió también varias piezas imitadas del teatro latino, y adornadas con estribillos y canciones, á la par que ya en España iba cundiendo la afición á la lectura de los autores italianos.

Cuando don Fernando de Castilla fué coronado rey de Aragón, toda la principal nobleza de aquel reino acudió á esta magnífica solemnidad, y el marqués de Villena compuso una comedia alegórica que se representó en presencia de los reyes y de la corte. El año de 1440 hubo en Bribiesca toros, cañas y fiestas teatrales, dispuestas por el conde de Haro para festejar á doña Blanca, esposa del príncipe don Enrique, y á su madre la reina de Navarra. Pero con el reinado de don Enrique disminuyeron los festejos, y el nombre de jugar legó casi á desaparecer enteramente.

El año 1469 se representó en Castilla una comedia compuesta por el conde de Ureña.—Sin embargo, poco tiempo después, el descrédito y relajación de las costumbres del clero en aquellos tiempos, dieron causa á la celebracion de un concilio en Aranda, y entre otras disposiciones, se creyó conveniente adoptar la prohibición de toda distracción escénica celebrada en las festividades de San Juan, Navidad, etc., con máscaras, bufonadas y otros desórdenes; pero vino la conquista de Granada, y en pos una era de tranquilidad; Cristóbal Colon enriqueció nuestro suelo con el descubrimiento de un nuevo mundo, y este conjunto de prosperidades tuvo relación con la literatura, y entonces se dió á conocer Juan de la Encina, el primer poeta cómico de España. De aquí resultó la aparición de los cómicos de oficio, que iban por pueblos y ciudades representando dramas de tres ó cuatro personas, y en los que algunos muchachos ejecutaban el papel de mugeres.

La invención de la imprenta contribuyó poderosamente al cultivo de las letras; el desarrollo del entendimiento; hasta entonces lento, pudo tomar vuelo rápido, y vemos aparecer como contemporáneo de Juan de la Encina á Fernando de Rojas, que continuó la novela dramática titulada la *Celestina*, á la cual añadió veinte actos. También vemos á don Pedro Manuel de Urrea, que escribió la *Egloga de la tragicomedia de Calisto y Melibea*, á Francisco de Villalobos, traductor del *Anfitrión* de Plauto, y á don Bartolomé de Torres Naharro, autor de ocho comedias. Floreció también por este tiempo Basco Diaz Tanco, que en los años de 1520 compuso tres tragedias, las primeras que se representaron en España, y tituladas *Absalon*, *Aman* y *Jonatas*. Detrás vinieron Cristóbal de Castillejo, Pedro Altamira y Estéban Martínez, quienes publicaron diferentes tragedias y comedias. Estos fueron los principales escritores que á principios del siglo XVI cultivaron en España la poesía dramática. Pero las censuras y la afición á los libros de caballería contribuyeron á que las representaciones escénicas comenzasen á decaer á mediados del siglo XVI. Sin embargo, apareció Lope de Rueda por los años de 1546, como ingenioso autor y gracioso representante, dando al público piezas que no dejaron de agradar, y le dieron el nombre de *Padre del Teatro Español*. El inmortal Cervantes, al hablar de este poeta, dice: «El famoso Lope de Rueda imitó de algun modo á Terencio y Plauto, y sus comedias y farsas tienen una nativa gracia y arte que delicia y no se descubre fácilmente.» También escribió algunas comedias Alfonso de la Vega, autor de compañías. Por este tiempo se conocian también personas encargadas de surtir el teatro de comedias, tragedias, farsas y entremeses, y la prohibición que se hizo de que se representasen dramas sagrados en las iglesias, hizo que se mejorase el estado de los teatros públicos, teniendo á la vez por resultado el aumento de escritores que se dedicasen á este género de literatura. A Naharro, natural de Toledo, se debe la introducción en el teatro de las decoraciones, trages y maquinaria. De esta suerte encontró Cervantes el teatro cuando se dió á componer comedias, haciendo todo lo posible por conciliar el buen gusto de la literatura con el mal gusto del público, quien por otra parte aplaudió sus obras. He aquí cómo el mismo se expresa: «Compuse en este tiempo hasta veinte ó treinta comedias, y todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni otra cosa arrojada: corrieron su carrera sin silbos, gritos ni barahundas.» Pero la literatura dramática tomó distinto giro con la feliz aparición en 1579 de Lope de Vega, del cual dijo Cervantes: «Entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes: llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas...» Con efecto, el gran Lope de Vega se presentó cuando la poesía dramática carecía aun de una fisonomía determinada, y como todos los grandes ingenios, vino para dictar leyes y no para recibirlas, y bien pronto su comedia se nacionalizó y tuvo gran número de contemporáneos imitadores, entre los cuales debemos contar al doctor Ramon, al licenciado Miguel Sanchez, al doctor Mira de Mesa, al canónigo Tarrega, Guillen de Castro, Velez de Guevara, don Antonio de Galazza,

Gaspar de Avila, Perez de Montalban y varios otros. Nuestra lengua tomó un ascendiente maravilloso; nuestros autores fueron reputados como clásicos en todas las naciones del orbe civilizado, y á nuestra riqueza dramática deben la suya las demas naciones de Europa.

Por largo tiempo continuó nuestro imperio dramático siendo maravilloso el diluvio de felices ingenios que produjo el reinado de Felipe IV, con especialidad un Calderon, un Moreto, un Rojas, á los cuales siguieron muy de cerca Tirso de Molina, don Juan de la Hoz, Mendoza, Belmonte, Coello, Enciso y otros muchos, cuyos nombres ocuparian muchas páginas si nos propusiésemos enumerarlos. Los estrangeros no han podido menos que reconocer nuestra superioridad en este género de literatura (1), y un célebre crítico italiano ha dicho: «El teatro español tuvo por su fecundidad é invención la gloria de servir de modelo á las demas naciones.» No obstante con Baucés, Cándamo, Zamora y Cañizares, ingenios contemporáneos del reinado de Carlos II, desapareció, como toda nuestra gloria nacional, la semilla de los eminentes escritores que habían ilustrado y dado esplendor y realce á nuestra escena.

En el reinado de Carlos IV apareció el insigne Moratin, quien con sus comedias de costumbres llenas de verdad y de espresion, hizo en España una verdadera revolucion literaria. Llamaronle el Moliere español, de cuyo eminente poeta era entusiasta imitador. El silencio que nos hemos propuesto observar acerca de los autores de nuestros dias, nos priva de la grata satisfacción de examinar á varios ingenios muy estimables, entre los cuales aparecen un Gutierrez con su *Trovador*, un Zárate con el *Guzmán el Bueno*, un Zorrilla con el *Zapatero y el rey*; un Hartzembusch con los *Amantes de Teruel*; un Breton de los Herreros con el *Pelo de la dehesa*; un Rubi con la *Rueda de la fortuna y Borrascas del corazón*; un Ventura de la Vega con su *Hombre de mundo*, y otros muchos, cuyo catálogo seria demasiado largo. Debíamos haber guardado silencio para armonizar en cierto modo con el que hemos observado antes; pero ¿cómo desnudarnos de toda idea de amor nacional, y renunciar á la dulce satisfacción de decir que la España sostiene con sus ingenios contemporáneos sus antiguas glorias teatrales? Esto nos salva.

**LITERATURA PORTUGUESA.** La literatura portuguesa no es mas que una ramificación de la española; aun cuando posee un dialecto especial, no ha tenido mas que una época verdaderamente notable, y ha sido la del siglo XVI, en el que brillaron el historiador Juan de Barros, el filósofo Osorio, el historiador Freyre de Andrade, los viajeros Vasco de Gama, Galvao, Pacheco Pereira, y sobre todos el eminente poeta Camoens.

**LITERATURA FRANCESA.** Hasta el siglo XII no comienza á tener importancia el lenguaje francés. Los libros de San Bernardo fueron primeramente escritos en lengua vulgar, y después traducidos al latín por su mismo autor. Bajo el reinado de Luis IX, Roberto de Sorbon, confesor del rey, fundó el colegio que á su muerte tomó el nombre de *Sorbonne*. Poco tiempo después, el señor de Joinville escribió la vida de Luis IX en un estilo lleno de sencillez y naturalidad; la prosa francesa comenzó á constituirse desde esta época.

En el siglo XIV, Froissart trazó en su Historia el cuadro animado de las costumbres de su tiempo; y en el siglo XV no hubo mas que un escritor que ilustrase la prosa francesa, que fué el juicioso y verídico historiador de Luis XI. En el siglo XVI se presentó Rabelais, cuyas monstruosas ficciones espresan la originalidad de esta época, en que la edad media toca á su fin para dar entrada á las glorias de la edad moderna. En los tiempos modernos, antes de la renovacion histórica llevada á cabo por Voltaire, se presentaron en Francia dos hombres que dejaron una huella profunda en el camino de la historia; estos fueron de Thou y Bossuet. Antes de la aparición de estos escritores, las historias de Francia no eran mas que simples crónicas, mal narradas y llenas de invenciones milagrosas y otras clases de inverosimilitudes. Sin embargo, las mas célebres de estas crónicas fueron la *Historia eclesiástica de los franceses*, por Gregorio de Tours; *Actas de los reyes de Francia*, por Hovicon; *La vida ó panegirico de Dagoberto I*, por un monge de San Dionisio; *El sitio de París por los normandos*, etc. Antes de Bossuet, un contemporáneo de Richelieu publicó una historia completa de la monarquía francesa; éste contemporáneo fué el ilustre Mezeray, imitado ó continuado después por Daniel, Velly, Garnier y otros varios. El título mas glorioso de Mezeray consiste en haber abierto, por la sola influencia de su ejemplo, aquella famosa escuela histórica del siglo XVIII, que produjo un número tan considerable de buenos escritores, entre los cuales descuella el duque de San Simon, que á pesar de sus incorrecciones, en ciertos pasajes se asemeja á Tácito. También en este período brillaron dos hombres de un mérito indisputable: Voltaire con la *Historia de Carlos XII y el Siglo de Luis XIV*, y Montesquieu con su *Espiritu de las leyes*. En 1789 se presentó una nueva escuela, á la cabeza de la cual debe colocarse á Agustín Thierry, celebre autor de las *Cartas sobre la historia de Francia*, y de la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*; á Guizot, cuyas obras conocemos, y que tan felizmente ha narrado las dramáticas vicisitudes de la civilización en Francia y en la Europa. En pos de estos autores vienen Michelet, Fauriel, Raynouard, Sismondi, Thiers, Mignet, Barante, Alexis de Montei, etc., etc. Hemos dado cuenta únicamente de aquellos que se han hecho célebres en el género severo de la historia, y nos falta hacer una ligera indicación de los que han brillado en las bellas letras y las ciencias naturales. Así que encontraremos á un Moliere, á un Lafontaine, á un Voltaire, Racine, Corneille, á un Buffon, á un Rousseau, á un Bernardino de Saint-Pierre. A principios del presente siglo, el ilustre autor del *Genio del cristianismo* ha admirado á la Europa entera.

**LITERATURA ITALIANA.** Antes de Bocacio, solo contaba la Italia tres medianos prosadores: Dominico Cavalco, Bartolomeo de San Concordia y Jaopo Passavanti.

Entre los contemporáneos de Bocacio, citaremos en el género histórico, á los tres Villani, que emprendieron con buen éxito la historia de su país; en el género novelesco á Franco Sacchetti y á Giovanni, que han dejado una multitud de cuentos y novelas.

(1) El célebre comentar de Corneille, dice aludiendo al *Embuscadero y al Cid*: «Il faut avouer que nous devons à l'Espagne la première tragédie touchante, et la première comédie de caractère, qui aient illustré la France.»

En el siglo XV, Bernardino Corso escribió la historia de Milan; Colenuccio publicó la historia de Nápoles; á Leonardo Bruno se debe una vida del Dante y otra de Petrarca. Estos dos ingenios y el Tasso florecieron de una manera asombrosa en épocas anteriores. En los siglos siguientes la literatura italiana experimentó un cambio considerable. Nada mas glorioso que los trabajos históricos emprendidos desde el siglo XVI hasta nuestros dias, por Machiavelo, Guicciardini, Beccaria, Vico, Filangiero, Muratori y otros. La Italia no tiene casi ninguna novela en prosa, porque este es por escencia el país de los poetas.

**LITERATURA DEL NORTE.** En historia, la Inglaterra se enorgullece con un David Hume, Robertson, Gibbon, Hallam, Godwin y John Lingard. La Alemania con Winkelman, Mengs, Schroeck, Meners, Muller, Herder, Raumer, Ranke, Niebuhr, Leo, Heeren y Savigny. En el género novelesco se muestra ufana la Inglaterra al nombrar á Fielding, Richardson, Mackensie, Walter Scott y Lytton Bulwer; la Alemania al señalar á Hoffmann, Haller, Wieland, Musceus, Richter, Novalis, Goethe, Heine y Tieck. En critica, la Inglaterra ha presentado siempre el modelo á la Europa entera con el *Mentor* de Steele, con el *Examinador* de Swift, con el *Espectador* de Addison, y en nuestros dias con la célebre *Revista de Edimburgo*. En este mismo género, la Alemania puede disputar la palma á la Inglaterra con una prodigiosa cantidad de libros, entre los cuales citaremos los juiciosos trabajos de Lessing, de Gerstenberg, de Engel, de Herder y de Bouterweck. No terminaremos esta compendiada revista sin mencionar varios de los viajes que desde principios del presente siglo han hecho alguna sensación en la literatura alemana: *El viaje alrededor del mundo*, de Forster, el *Ensayo político sobre la Nueva España*, y los *Cuadros de la naturaleza*, de Humboldt; los *Viages de Seume*, de Stolberg y del príncipe Puckler de Muskan.

Los países escandinavos, la Dinamarca, la Noruega, la Suecia, la Rusia y la Polonia, han tenido igualmente sus poetas, sus oradores, sus filósofos, sus historiadores y hasta sus críticos. En los dos últimos géneros, los tres primeros países mencionan con orgullo á Olaus, Laurencio Petri, Jonás Hallenberg, Geyer de Stockholm. La Polonia ha tenido prosadores, que sin las turbulencias políticas que se han efectuado en este desgraciado país, hubieran constituido, á no dudarlo, una verdadera literatura nacional. En la Rusia, Sopikof de San Petersburgo ha publicado hace algunos años un *Ensayo de bibliografía rusa*, que contiene los nombres de trece mil doscientos cuarenta y nueve autores; pero de todos estos escritores, nos parece que la Europa solamente conoce al poeta Pouschkine y al historiador Karamsin.

**RETÓRICA. Ideas preliminares. Definición de la retórica.**—La retórica es el arte del bien decir. Algunos retóricos la han definido el arte de *persuadir*; pero esta definición es inexacta: en primer lugar, porque la retórica hace depender á la elocuencia del éxito, y en segundo lugar, porque la elocuencia no pertenece exclusivamente á la retórica, pues no hay mas que la elocuencia que persuade, y como dice Quintiliano, «el favor, la autoridad del que habla, persuade, y hasta la presencia muda de la virtud, del infortunio ó de la belleza.» Con efecto, persuadir es el objeto que se propone el que habla, pero para conseguirlo debe proponerse ademas otro fin, esto es, el medio mas seguro de lograr la persuasión. Ahora bien, ¿se puede suponer que la verdad, ó lo que se considere como verdad, no sea el medio mas seguro de verificar la persuasión? Semejante suposición no puede hacerse, y si fuese posible hacerla, ó en otros términos, si fuese preciso considerar como un buen éxito el triunfo del momento, la victoria conseguida sobre la ignorancia y la pasión, la elocuencia en este caso seria una cosa indefinible, y el arte que pretendiera darla reglas un procedimiento arbitrario y puramente fantástico.

**UTILIDAD DE LA RETÓRICA.** Con el objeto de poner en duda la utilidad de la retórica, han dicho algunos críticos que la elocuencia nació antes que el arte de la oratoria, así como las lenguas se formaron antes que hubiera gramática, mas esta asercion es hasta cierto punto inexacta. Es indudable que la retórica no ha producido ni puede producir la elocuencia; pero la una es tan antigua como la otra, porque toda ley, toda regla, es tan antigua como la cosa que rige. Ademas, entre los antiguos los retóricos han precedido á los oradores, y la elocuencia no ha conseguido la perfección con Demóstenes y Ciceron, sino después que la retórica agotó su materia. Homero pudiera dar margen á una grave objecion, puesto que la poesía no es otra cosa que una forma especial de la elocuencia; pero ¿conocemos de una manera determinada y fija la índole de los tiempos que precedieron al gran poeta? Por otra parte, es preciso advertir que en la Iliada hace mención Homero, no solamente de Fénix, que enseñaba á un mismo tiempo á hablar bien y obrar mejor, sino de otros muchos oradores que nos representa jóvenes y disputándose el premio de la elocuencia; por último, en el escudo de Aquiles figuran la sutileza y los litigantes. Se ha dicho también, que en épocas de decadencia, la retórica, lejos de regenerar á la elocuencia, no ha hecho mas que precipitarla á la corrupción. Esto no prueba mas que una cosa, y es, que en tiempos de desmoralización se ha pedido á la forma lo que no puede dar, y que el arte de la oratoria no ha sido entonces mas que un procedimiento: *corruptio optimi pessima*.

**DE LOS GÉNEROS DE ELOCUCIÓN QUE EXISTEN.** Según una clasificación establecida por Aristóteles, tres géneros de elocuencia corresponden á las diferentes clases de oyentes: los que vienen á escuchar por pasatiempo, los que deliberan y los que juzgan. Estos tres géneros son: el *demonstrativo*, que alaba ó vitupera; el *deliberativo*, que aconseja ó disuade, y el *judicial*, que acusa ó defiende; pero no son absolutamente tan distintos que no puedan encontrarse reunidos en un mismo discurso; mas tienen la ventaja de regularizar casi todas las operaciones de la palabra bajo tres formas principales y subordinadas: alabar ó vituperar, aconsejar ó disuadir, acusar ó defender.

(Se concluirá.)

I. A. BERMEJO.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.